

JACOBO GARCÍA ÁLVAREZ

Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid

La coremática y la nueva geografía regional francesa

RESUMEN

La coremática se ha difundido en Francia como la nueva corriente teórico-metodológica de la Geografía. Su formulación original es obra de Roger Brunet, e integra elementos procedentes de la Teoría General de Sistemas, el estructuralismo, la semiología espacial, y la modelización gráfica y cartográfica, aplicados al análisis geográfico regional. Las características propias de la teoría y la activa participación de Brunet en las instancias políticas estatales de investigación durante los años 80, culminada con la fundación del GIP-RECLUS, han potenciado su difusión más allá de las aulas universitarias, incluyendo a los restantes niveles educativos y a medios públicos y privados relacionados con la ordenación del territorio.

RÉSUMÉ

La chorématique et la nouvelle géographie régionale française.- La chorématique s'est repandue en France comme le nouvelle tendance théorique-méthodologique de la Géographie. Sa formulation originale, à charge de Roger Brunet, intègre des éléments de la Théorie Général des Systèmes, du structuralisme, de la sémiologie spatiale, et de la modélisation graphique et cartographique, dirigés vers l'analyse géographique régionale. Les caractéristiques de la théorie et la remarquable participation de Brunet dans la politique de recherche officielle pendant les années 80, culminée avec la création du GIP-RECLUS, ont favorisée

sa diffusion au-delà de l'Université, en incluant les restants niveaux éducatifs et quelques collectifs rattachés à l'aménagement du territoire.

ABSTRACT

Corematics and the new regional geography in France.- Corematics has spread in France as the new theoretical-methodological trend in Geography. Formulated by Roger Brunet, it assembles elements from General Systems Theory, structuralism, spatial semiology, and graphical and cartographical models, applied to regional geographical analysis. The features of the theory as well as Brunet's active participation in State research policy during the 80's, which was culminated in the foundation of GIP-RECLUS, have allowed its diffusion beyond the University, including the rest of Education levels and some groups related to regional planning.

Palabras clave / Mots clé / Key words

Francia, geografía regional, coremática, teoría de sistemas, semiología espacial, modelos gráficos, renovación disciplinar.

France, géographie régionale, chorématique, systémique, sémiologie spatiale, modèles graphiques, rénovation disciplinaire.

France, regional geography, corematics, Systems Theory, spatial semiology, graphic models, renovation.

I INTRODUCCIÓN

EN ENERO de 1995 salía a la luz, con el carácter monográfico y la periodicidad trimestral habituales, el número 76 de la conocida revista francesa *Hérodote*, especializada en temas geopolíticos, y una de las publicaciones de corte radical más importantes de entre las varias surgidas en la geografía europea y norteamericana

durante los años más activos de la ola marxista de la disciplina, a mediados de los 70. El asunto elegido para la ocasión llevaba el sugestivo y enigmático título de «Los geógrafos, la Ciencia y la ilusión», acompañado, en el margen inferior derecho de la portada, por una sonora, expeditiva, e inequívoca llamada: «Chorématique, stop!». En el artículo introductorio, que funciona invariablemente a modo de editorial y de presentación de las

cuestiones debatidas en la revista, el director de la misma, Yves Lacoste, polemizaba sobre las querellas y rivalidades epistemológicas internas desarrolladas dentro de la denominada «Escuela geográfica francesa» durante el período de entreguerras —los años posteriores a la muerte de Vidal—, así como sobre la diversificación de corrientes y de alternativas al modelo dominante operada en la disciplina durante los años 60 y 70, que nunca trascendieron, a juicio de Lacoste, a «un verdadero debate en el seno de la corporación», más allá de las preocupaciones y discusiones científicas «de un limitado número de geógrafos reputados».

«En realidad —añadía—, es actualmente cuando se desarrolla el primer gran debate entre los geógrafos, incluidos no solamente los geógrafos “físicos”, sino también numerosos colegas que enseñan geografía, con la historia, en los colegios e institutos. Este debate resulta del interés y malestar que suscita, al mismo tiempo, el poder adquirido, súbitamente, desde hace algunos años, por los campeones de una concepción nueva y “recentrada” de la Geografía, que, según ellos, se convertiría al fin en una verdadera ciencia. Se trata de lo que los promotores de tales ideas y de su fundador, Roger Brunet, llaman la geografía *coremática*» (LACOSTE; 1995 a, 6-7).

Tras la advertencia, el autor proseguía con un rápido recorrido por el origen y evolución de esta corriente, y en particular por su reciente y fulgurante difusión entre determinados sectores privilegiados de la sociedad francesa: desde el ámbito estrictamente individual, universitario, y epistemológico en que surgió, a principios de los 70, los resultados de «la coremática» —denominación, a secas, preferida por sus principales representantes, empezando por el propio Brunet— se habrían extendido, sobre todo desde finales de los 80, a la enseñanza oficial primaria y secundaria, a ciertas instancias políticas estatales y regionales con competencias en la ordenación del territorio, e incluso a algunos medios empresariales y de negocios relacionados o no con éstas. El artículo —como los ocho que le seguían en el mismo número— revestía un tono abiertamente condenatorio, en el que no faltaban descalificaciones personales, excomuniones sumarias, o declaraciones pretendidamente salvíficas sobre los riesgos geopolíticos, educativos, disciplinares, de «la deriva coremática». Los calificativos sobre la misma eran rotundos: «ambición totalizante», arrogancia intelectual, «manipulación gráfica» y catastrofista de la realidad, «simplismo caricatural», «gargarismo verbal», «denigración sistemática» de la geografía física, «pseudobjetivismo», «vocación publicitaria, si no mercantil», «determinismo del espacio», etc. etc. A la cabeza, y en el trasfondo de todas, la acusación que inspiraba el título del monográfico: «Para nosotros, es importante

denunciarla y asumir la defensa de la Geografía», escribía Lacoste. «Es preciso combatir la hegemonía coremática, denunciando *la ilusión científica* sobre la cual se funda».

Aun prescindiendo de cualquier juicio de valor sobre el mismo, el ejemplar de *Hérodote* resucita, sin duda, fantasmas que parecían trasnochados de la historia de la disciplina. No era el primer ataque directo sobre tal objetivo —el propio Lacoste había abierto la polémica, a raíz de una crítica bibliográfica, en un artículo dos años anterior (LACOSTE; 1993)—, pero sí, desde luego, el más extenso, diverso y colectivo (y hasta lo que sabemos, el único, por ahora, de estas características). Cuando están todavía cercanos los reclamos anarquistas o dadaístas en la ciencia (Feyerabend), cuando las filosofías postmodernas han celebrado la invocación al relativismo (Lyotard, Vattimo) en el conocimiento, y desde dentro de la Geografía se ha diagnosticado el «pluralismo ecléctico» (Racine), o estimulado incluso el «eclecticismo escéptico» (Gregory), no es desde luego usual que una revista consagre hoy día un número casi completo —cerca de 150 páginas— al cuestionamiento y anatema de una determinada «corriente de ideas».

En términos estrictamente epistemológicos, el debate en torno a la coremática recupera en buena parte, como dijimos, algunas de las disputas más recurrentes que acompañaron durante los 50, 60 y primeros 70 a la irrupción y desarrollo de la Nueva Geografía, con la que, no por casualidad, tanto partidarios como detractores han querido asociarla, bautizándola incluso con tal apelativo. Lacoste mismo, en una interpretación sospechosamente maniquea y hasta simplista, ha querido presentar su oposición y la del equipo de *Hérodote*, sobre cuyos argumentos retornaremos más adelante, como una confrontación entre dos alternativas posibles de concebir la disciplina, circunscribiéndose, naturalmente, a la situación francesa: frente a una geografía «activa» (que implicaría «el razonamiento en función de la acción») y «global» (física y humana) en sus preocupaciones, a la cual se adscribiría este grupo, la perspectiva coremática aparecería, según este autor, «como una suerte de investigación formal, a remolque de diversas ciencias sociales y centrada sobre un espacio social concebido de manera demasiado estrecha y abstracta» (LACOSTE; 1995a, 19). En todo caso, y dejando aparte las evidentes conexiones de «los coremáticos» con determinados planteamientos del universo positivista (en especial con la teoría de sistemas), lo indiscutible —lo más original, en muchos sentidos— es que la reflexión sobre las auténticas dimensiones de esta corriente permite y

exige saltar mucho más allá de la vertiente meramente teórica o académica.

Porque la coremática —su principal mentor, Roger Brunet, ha querido recordarlo recientemente— es sólo «una fracción» en un proyecto, en una práctica, bastante más amplios sobre el conjunto de la disciplina¹. Un proyecto que atañe a la construcción de «un enfoque teórico global de la Geografía» (BRUNET; 1996, 32), a su estatuto científico y profesional, a su función educativa y, en definitiva, a su imagen y a su valoración por parte de la sociedad francesa. Articulado en torno a la figura de Brunet y a la que éste, su principal impulsor, ha calificado como «la más importante novedad institucional de los años ochenta en la geografía francesa»², el GIP-RECLUS, ese programa ha pretendido conjugar, sobre la idea de un «recentramiento» («*recentrage*») disciplinar, *dos objetivos*: de un lado, profundizar en las posibilidades de mediación entre la exigencia teórica y la demanda social; de otro, revitalizar y renovar teóricamente la geografía regional como forma distintiva y nuclear del quehacer geográfico.

Por esos motivos, el interés general de una aproximación, o cuando menos de una «sensibilidad» de tipo *contextual* (en el sentido definido por Berdoulay)³ a las vicisitudes del mismo —es decir, una aproximación que otorgue un papel central a las relaciones mutuas entre la sociedad y el pensamiento científico— deviene en este caso, prácticamente, una exigencia. La ciencia no deja de ser «una actividad social compleja», y analizarla única o prioritariamente en términos de su lógica interna significaría desvincularla de su historia y de su geografía, o sea, descontextualizarla. En esa línea, y con intención esquemática, Marie-Claire Robic ha planteado recientemente interpretar la evolución de las ideas geográficas —y de la ciencia, en general— como el producto de tres esferas fundamentalmente imbricadas: la práctica o interés solicitado; el «utillaje» intelectual o el lenguaje movilizable; y «la

naturaleza del objeto de referencia» (es decir, el contexto histórico en sentido general, en lo que toca especialmente a las relaciones entre sociedad y espacio) (ROBIC; 1992, 63).

Aleccionada por el escaso eco que ha tenido, por el momento, la coremática en nuestro país⁴, preside el presente estudio una finalidad eminentemente divulgativa, informativa, por mas que ésta traduzca en parte el resultado de una interpretación personal así como el propósito ulterior de suscitar la reflexión sobre el objeto de la misma. Aprovechando la referencia conceptual general de Robic, y trasladándola parcialmente a nuestro caso concreto de estudio, se examinarán, en primer lugar, los aspectos teórico-metodológicos de esta corriente (es decir, lo correspondería al «utillaje» intelectual y lingüístico del citado esquema, la dimensión más propiamente académica); en segundo lugar, su relación con las diferentes prácticas sociales extra-académicas sobre las que se ha proyectado y con el contexto histórico general —«la naturaleza de la referencia»—, analizados conjuntamente con su discusión y oposición críticas; y, por último, el proyecto disciplinar en el que se inscribe y la significación del mismo en el contexto de las transformaciones recientes de la geografía regional francesa y anglosajona.

II

LA COREMÁTICA Y LA PRÁCTICA CIENTÍFICA. ' FUNDAMENTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS

Aunque en su formalización explícita no aparece formulada hasta 1980, en un artículo publicado en *L'Espace géographique* (BRUNET; 1980), la teoría coremática culmina, en realidad, todo un conjunto de investigaciones desarrolladas por Brunet, especialmente desde finales de los años 60, en relación con las posibilidades de la teoría sistémica, el estructuralismo, la semiología espacial, la cartografía y la modelización gráfica en la

¹ BRUNET (1996), pág. 32. De ahí que este autor haya rechazado el apelativo de geografía coremática que le han puesto autores como J. Scheibling o Lacoste, «una sinécdoque lamentable», en su opinión, porque calificaría todo un enfoque por un adjetivo que no corresponde más que a una parte. «La difusión de esta fracción —añade— ha ido mucho más allá de lo que me esperaba» ... «pero no me pidáis ni transformar la parte en el todo, ni jugar a maestro de escuela (puesto que) encuentro completamente necia la idea misma de "escuela"».

² E incluso «en las ciencias sociales, al menos en cuanto a medios movilizables» (BRUNET; 1988 a, 121 y 126).

³ Sobre las características de este tipo de enfoque, aplicado a la historiografía de la geografía vidaliana, puede verse BERDOULAY (1981 a y b).

⁴ Hasta lo que conozco, la única referencia bibliográfica directa al respecto es un breve artículo de Tomás Cortizo (1993), en la revista *Alisios*, que incluye un interesante ensayo de modelización aplicado a la región asturiana. Fuera de ello, la revista *Documents d'Anàlisi Geogràfica* ha publicado una traducción al catalán de un artículo de Maryse Clary (1995), una de las representantes más destacadas de la vertiente didáctica de la corriente. Los días 28, 29 y 30 de junio de 1993, el Departamento de Geografía de la Universidad de Alcalá organizó, bajo la dirección del profesor J. Bosque Sendra, un seminario sobre «La utilización de coremas en Geografía», vinculada a la disciplina de Cartografía, del que desconozco cualquier tipo de resultado escrito. Por lo demás, la «Geografía Universal RECLUS» ha sido objeto de rápidas referencias en RIUDOR (1988); y MÉNDEZ y MOLINERO (1991).

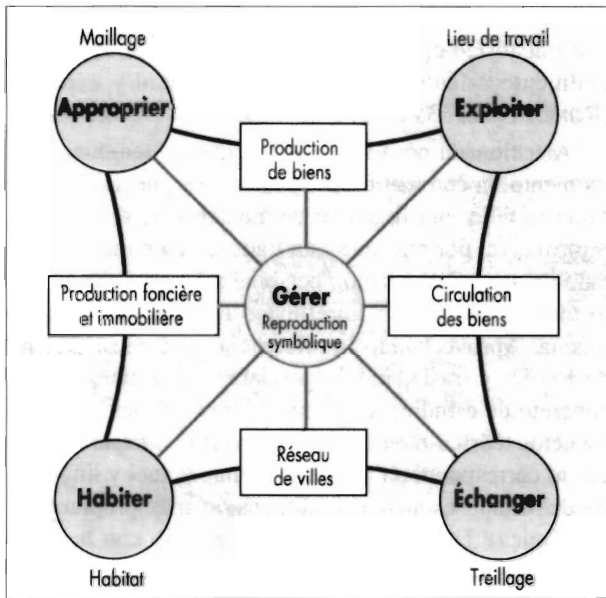


FIG. 1. El sistema de «producción» y «dominación» del espacio, según Roger Brunet (1990, pág. 32). Cuatro acciones básicas asociadas (habitar, apropiarse, explotar e «intercambiar») son coordinadas por una quinta, el modo o modos de gestión (entendidos en sentido amplio: cultural, político, social, económico, etc). Cuatro estructuras espaciales les corresponden: el «*maillage*» (o conjunto de divisiones territoriales definidas por los sistemas de propiedad y gestión, desde el parcelario al estado); el «*treillage*» o «*quadrillage*» (es decir, la red de intercambio, circulación y comunicación); los lugares de trabajo; y los de hábitat. Sus relaciones respectivas definen otras acciones de notable relevancia geográfica (p. e., la relación entre el intercambio y la explotación comporta la circulación de bienes).

geografía regional⁵. La exposición más elaborada de la misma —y del conjunto de su concepción geográfica— se encuentra en el libro introductorio de la *Géographie Universelle*, el proyecto bibliográfico y editorial más ambicioso concebido hasta el momento por el GIP-RECLUS.

1. EL REFERENTE POSITIVISTA: «LEYES» EN EL ESPACIO DE LAS SOCIEDADES

En síntesis, la hipótesis de partida es que las sociedades organizan —«producen»— su propio espacio y se reproducen a través del mismo, por medio de un número bastante limitado de acciones fundamentales, intencionadas o no. Esas acciones o prácticas espaciales (que son, en esencia, cinco: apropiación, explotación, habita-

ción, administración e intercambio o comunicación) se llevan a cabo de acuerdo con ciertos modelos, reglas, «leyes», —entendidas éstas en sentido amplio— «no estamos ... en el dominio de las «condiciones necesarias y suficientes», (sino) apenas en el de las regularidades estadísticas» (BRUNET; 1990, 78) [fig. 1]. En la medida en que lo que interesa es específicamente su plasmación espacial, el autor habla de «leyes del espacio» —o más precisamente «del espacio geográfico», expresión que designaría a todo espacio organizado por el hombre— para referirse a tales «modelos de acción», aun cuando tengan, inequívocamente, «una lógica social»⁶. La principal de estas leyes —la que articula, en último término, todas las demás— reproduce socio-territorialmente, según Brunet, los presupuestos físicos de la gravitación universal de los cuerpos:

«La hipótesis fundamental de las leyes del espacio es que se fundan sobre la gravitación. Todo ocurre «como si». Como si todo lugar en el espacio geográfico ejerciera sobre los otros una atracción en función directa de su masa y en función inversa de la distancia que les separa de ellos; como si todo lugar experimentase con respecto a los otros una atracción en función directa de su masa y en función inversa de su distancia; como si, entre dos lugares, la intensidad de la interacción espacial fuera función directa de sus masas (o más exactamente, del producto de sus masas) y función inversa de sus distancias»⁷.

Hasta ese punto, y como diría el proverbio latino, «nada (o más bien poco) nuevo bajo el sol». El capítulo 5 de la *Géographie Universelle*, que tanta controversia teórica ha suscitado, constituye, en su mayor parte, una encendida reflexión sobre las consecuencias y significaciones geográficas de este principio, documentada con la exposición de algunas de las teorías más conocidas en el acervo positivista de la disciplina. Un selectivo repaso de la economía/geografía espacial por el que desfilan modelos de localización y modelos de centralidad y jerarquía urbana, modelos de difusión y modelos de correlación; los nombres de W. J. Reilly —primero en aplicar la ley de la gravitación al análisis territorial— y Von Thünen, de Christaller y Lösch, de Zipf, de Hägerstrand y de Berry.

⁶ Lejos de pretender cualquier cosificación o «fetichismo» positivista del espacio, que ha rechazado explícitamente, el autor ha insistido sobre la idea de que «como el espacio mismo, las leyes del espacio no tienen realidad salvo en la medida en que expresan unas relaciones sociales, o tienen una lógica social» (BRUNET; 1990, 79).

⁷ *Ibid.*, pág. 81. En términos específicamente geográficos, la variable masa puede expresarse por la magnitud de diversos indicadores, según se estime oportuno: la población del objeto analizado, su riqueza, la dotación de servicios, etc. La distancia puede medirse bien en términos espaciales, bien mediante otras variables como el tiempo, el coste económico de acceso, etc.

⁵ BRUNET (1962, 1968, 1969, 1972, 1973, 1975 y 1979).

2. LA ANALOGÍA LINGÜÍSTICA: LA COREMÁTICA COMO «SEMILOGÍA DE LA ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO»

El segundo pilar fundamental de la argumentación teórica de Brunet, el que aporta el componente más identificador, novedoso y conocido de la coremática, deriva de la idea general —consonante con la anterior— de que el espacio geográfico está estructurado y diferenciado en diferentes niveles de complejidad, y que sus estructuras pueden ser aprehendidas conceptualmente y representadas gráficamente siguiendo ciertas reglas de modelización. «Cualquier espacio particular [p. e., un lugar, una región], se constituye por la combinación más o menos compleja de estructuras elementales, que no son más que un pequeño número» (*Ibid.*, 90). Brunet define con el término de *corema* («chorème», del gr. *khora*) a cada una de esas «estructuras elementales del espacio geográfico», representables por medio de un modelo gráfico. A esta acepción conceptual de la palabra le añade, por extensión, una segunda: la de corema como el propio modelo u objeto gráfico con que se representa la estructura.

La manifiesta connotación lingüística del término no resulta, en modo alguno, casual o secundaria: en el proyecto teórico de Brunet, los coremas se conciben, expresamente, como los signos sobre los que cuales fundar «una semiología de la organización del espacio»⁸. Es decir, constituirían a la geografía, lo que los fonemas, los morfemas o los lexemas constituyen a la lingüística, una especie de unidades mínimas de organización espacial. Y la *coremática*, de acuerdo con la definición más formalizada que se ha ofrecido de ella, una «gramática de los coremas. (Una) ciencia o arte del tratamiento de los coremas y de la interpretación de las estructuras espaciales por el reconocimiento y composición de los coremas» (BRUNET et al.; 1992, 97).

«Los coremas, que forman la escritura del mundo, se representan por medio de algunas figuras clave. Es preciso aprenderlas para comprender la geografía del mundo. Esos signos constituyen como el alfabeto de la geografía, por el cual “se escriben” las formas de los espacios producidos por las sociedades» (BRUNET; 1990, 118).

Como en las citadas «leyes» del espacio geográfico, la lógica de tales estructuras es social. «Los coremas ex-

presan unas acciones, unos proyectos, unos resultados», o más precisamente, expresan las diferentes «lógicas» (acciones, estrategias) sociales elementales de control o «dominación» del espacio (que es, a juicio del autor, el término común de las cinco prácticas espaciales fundamentales arriba señaladas: apropiación, explotación, habitación, etc), así como sus consecuencias (intencionadas o no). «El conjunto de los coremas traduce las formas de esa dominación, al servicio de la reproducción del grupo» (*Ibid.*, 91). En dicho sentido, Brunet distingue y clasifica siete lógicas socio-territoriales elementales: las dos primeras (*maillage* y *treillage*) expresan los medios directos de esa dominación; las cinco restantes (*gravitation*, *contact*, *tropisme*, *dynamique territoriale* y *hiérarchie*) reflejan determinados efectos particulares derivados de los anteriores, así como las dinámicas evolutivas del espacio. De la combinación de cada una de estas siete lógicas y las cuatro figuras geométricas susceptibles de representar gráficamente su traducción espacial (el punto, la línea, el área y la red) resultarían los 28 *coremas de base*, sistematizados por vez primera en la controvertida y ya popularizada tabla —el llamado «zócalo de la coremática»— que publicó la revista *Mappe monde* en su número monográfico de 1986 [fig. 2].

Detengámonos brevemente en la definición de las siete lógicas señaladas y en los modelos a que dan lugar, que han sido pormenorizadas, en mayor o menor medida, en *Les mots de la Géographie...* y en los capítulos 6 y 7 de volumen introductorio de la *Géographie Universelle*. Se observará que las definiciones de gravitación, contactos y tropismos se solapan y superponen, hasta hacer ambigua su delimitación, alrededor del primero de esos tres conceptos:

– Con el término de *maillage* (traducible al castellano como «partición o mallado») Brunet alude a todo sistema de división y diferenciación del espacio efectuado con vistas a su apropiación, explotación y administración, en sus diversas manifestaciones escalares (desde la parcela al estado).

– El *treillage* («enrejado»), denominado originalmente por el autor como *quadrillage* («cuadrículado»), representaría el conjunto de redes de comunicación y circulación del espacio, así como los flujos que soportan.

– La *gravitación* traduciría territorialmente el fenómeno, anteriormente descrito, de la atracción física entre dos cuerpos, que se ejerce con una fuerza proporcional a su masa (o a una función de ésta) e inversamente proporcional a la distancia entre ambos (o a una función de ésta). Esta relación presidiría determinados modelos de distribución y organización espacial de tipo centro-periferia, bien de modo aureolar (a partir de un núcleo), bien mediante la diferenciación de bandas (a partir de un eje).

– Los fenómenos de *contacto* (también denominados de *interfase* y de *ruptura*) reproducirían el conjunto de dinámicas —atractivas o repulsivas— directamente asociadas a la comunicación entre dos espacios geográficos diferentes: p. e., tierra-mar, campo-ciudad, llano-montaña. Son espacios de contacto o discon-

⁸ BRUNET (1980), pág. 262. Sobre las conexiones entre la geografía y la semiolingüística francesas, que fueron especialmente fecundas entre finales de los 60 y principios de los 70, puede verse MONDADA, y RACINE. (1992) y CLAVAL (1974), este último dentro del monográfico que *L'Espace géographique* dedicó a la semiótica del paisaje.

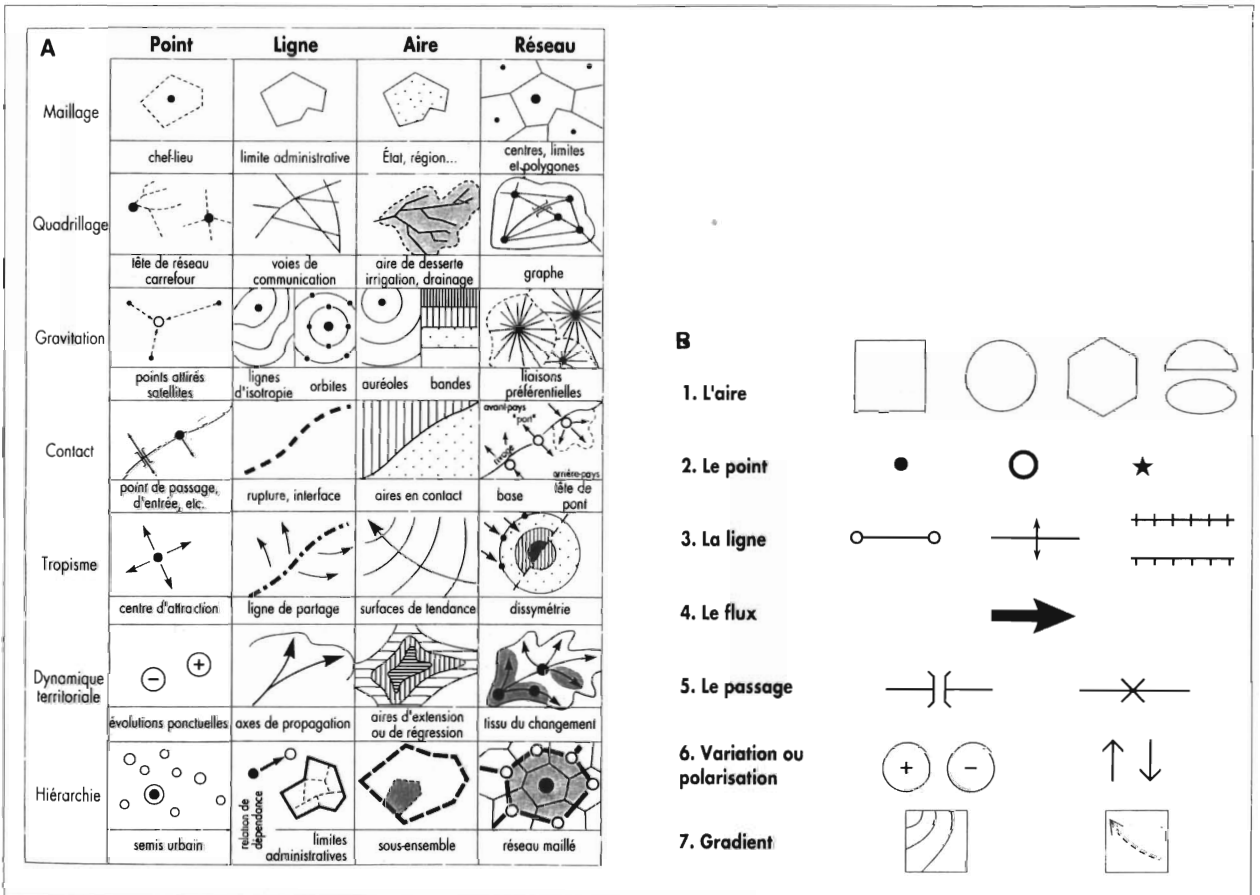


FIG. 2. A/ La célèbre tabla de los 28 coremas de base, o «zócalo de la coremática», en la versión presentada en la *Géographie Universelle* (BRUNET, 1990, pág. 119). Aunque, en el seno de las pretensiones semiológicas de la teoría, su número preciso ha sido fruto de comparaciones lingüísticas («es, curiosamente —escribió Brunet—, del mismo número de letras de la mayor parte de los alfabetos»), la imagen es, más bien, literaria, y la tabla ha sido concebida y utilizada con sentido abierto, orientativo y susceptible de modificaciones. B/ La composición gráfica de los modelos se ha servido de siete símbolos de base, ampliando en ciertos casos las significaciones tradicionales en la cartografía convencional: los puntos para indicar asentamientos, en general; la línea como elemento de relación (a), contacto (b), o separación [simétrica (c) o disimétrica (d)]. Las flechas denotan la movilidad y dirección de un fenómeno; el «pasaje», mediante corchetes, zonas de comunicación (a) o de obstáculo y cierre (b) entre dos ámbitos diferentes. Los signos positivos/negativos se utilizan para marcar procesos de crecimiento/decrecimiento o de atracción/repulsión; las isolíneas y flechas discontinuas, para indicar la presencia de gradientes importantes en la intensidad de manifestación de un fenómeno.

tinuidad, por definición, determinadas áreas como los piedemontes, los litorales, las fronteras, etc.

– Con el término de *tropismos* se alude aquí a los fenómenos que expresan la existencia de orientaciones en la organización del espacio de acuerdo con unas direcciones dominantes. Las estructuras más recurrentes de éstos son los gradientes y disimetrías —ampliamente representadas, por otra parte, en el mundo físico—, consideradas en relación a los flujos dominantes (climáticos, comerciales, migratorios, etc) en una dirección determinada.

– Los coremas de *dinámica territorial* reflejan los fenómenos de expansión o retracción, de conquistas o retrocesos, de colonización o de abandono.

– Por último, los modelos de *jerarquía* representan toda estructuración del espacio en niveles diferentes y respectivamente

subordinados. El concepto se remite esencialmente a la organización político-administrativa del territorio, pero puede reproducir también determinadas formas de jerarquía (como las llamadas redes urbanas) de naturaleza funcional.

Los criterios de representación gráfica de los coremas, que se examinarán más detenidamente en un epígrafe posterior, remiten en parte a algunas convenciones habituales en la semiótica cartográfica (p. e., el punto para indicar lugares; la línea para fronteras, flujos de circulación o vías de comunicación; la flecha para direcciones, etc), así como a la existencia de ciertas configuraciones geográficas-tipo susceptibles de ser interpretadas, con mayor o menor grado de abstracción y comple-

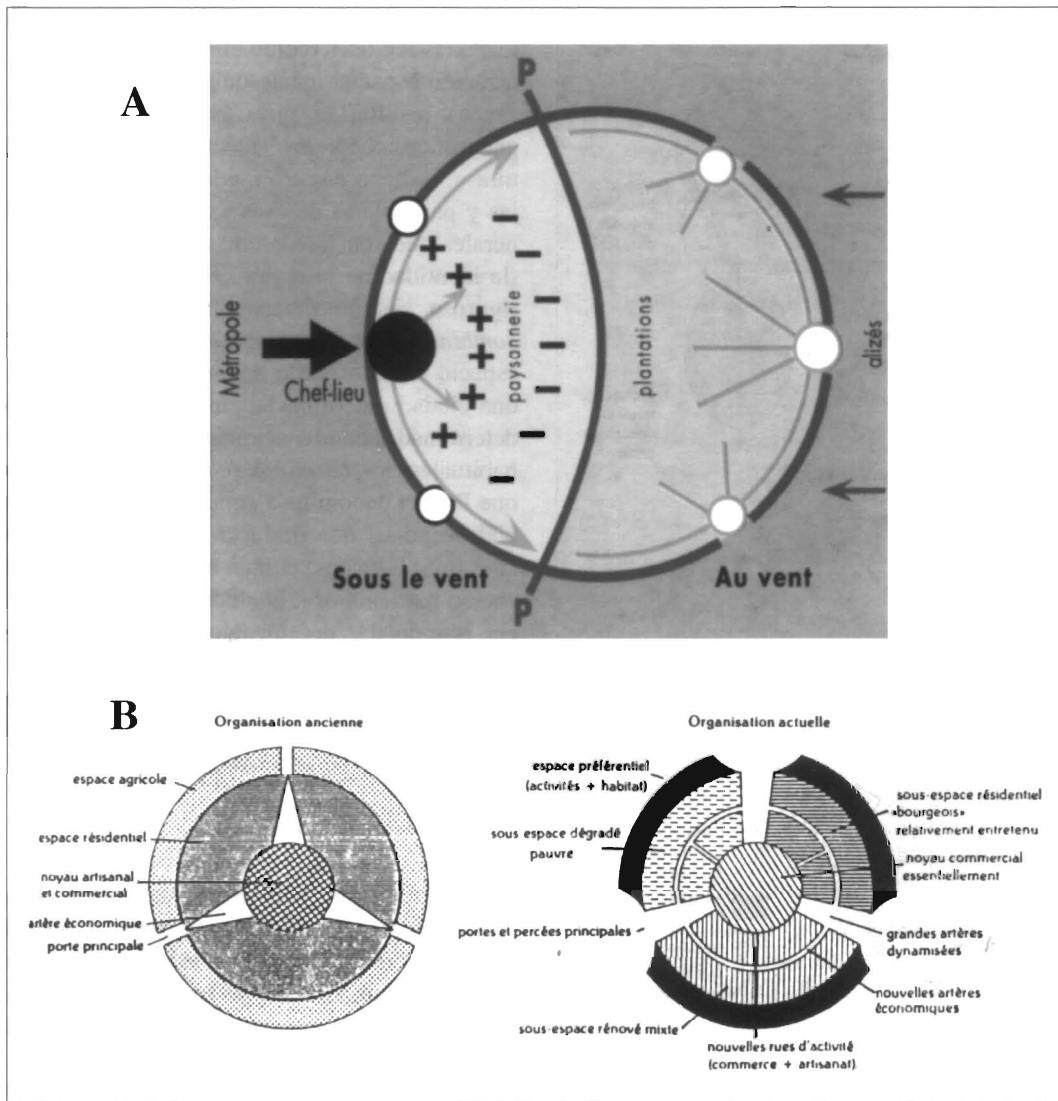


FIG. 3.1. Dos ejemplos de corotipos. A/ El corotipo de la «isla tropical» (o, más precisamente, de «isla tropical azucarera») (BRUNET, 1990, pág. 120). Su modelo de organización espacial más recurrente está marcado por el modo de aprovechamiento antrópico de la disimetría climática y orográfica barlovento/sotavento durante la era colonial. El colonizador de la metrópoli fijaba una capital costera a sotavento de los alizés y establecía las plantaciones comerciales a barlovento, aprovechando la pluviosidad natural. Artesanos y campesinos se sitúan cerca de la capital hasta las zonas altas de sotavento, que actualmente experimentan un proceso de despoblación. Los centros secundarios de recogida y distribución se organizan con arreglo a una circulación periférica. Hacia la mitad de la isla solían refugiarse las poblaciones desalojadas o las actividades marginales (como la pesca, P). B/ Los corotipos tradicional y actual de la medinas marroquíes, según M. Belfquih y A. Fadloulah (en BRUNET, 1987, pág. 217).

jjidad, mediante la utilización de determinadas figuras geométricas de base. «La elección de los signos —aclara el autor— es en parte arbitraria, [...] pero no se podría desligarla completamente de lazos con la realidad»:

Así, por ejemplo, menudeando —no sin excesos literarios, que pueden llegar a confundir más que a ayudar al lector no especializado— determinadas analogías familiares entre la tradición analítica de cuño christalleriano, Brunet recuerda que «el círculo

es la expresión elemental de la gravitación: forma las aureolas, las órbitas. Denota la acción de un punto sobre su entorno, las ondas que difunde y los “metamorfismos” que induce. Connota la dominación, y se asocia al modelo de centro-periferia. Deviene *hexágono* cuando coexiste con otros círculos: es su deformación natural cuando vive en familia. Se reduce a *arco* o *sector* cuando se presenta incompleto, marcado por una disimetría [...].

»Otras figuras no son tan “naturales”, o denotan “el ruido”. El cuadrado, como el rectángulo, marca el artefacto brutal e inme-

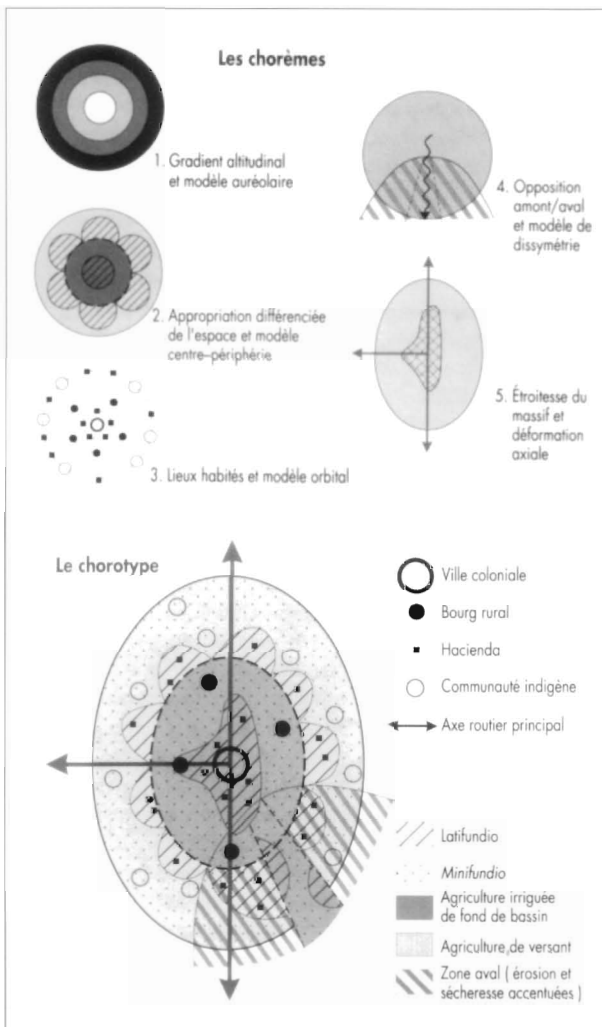


FIG. 3.2. Coremas de base y corotipo de la «hoya» o cuenca intraandina ecuatorial, según DELER y GONDARD (1990, págs. 10-11).

diatamente sensible: no se encuentra ese corema más que en ciertos *maillages* y *quadrillages*, que hacen tabla rasa del medio», como los trazados urbanos en damero. Las configuraciones geométricamente desordenadas, en «puzzle», reflejarían en extremo la multiplicidad de las acciones y determinaciones (físicas y humanas) que «desfiguran» frecuentemente, en la realidad, la identidad geométrica de las lógicas, «leyes», órdenes y modelos espaciales-tipo (Ibid., 118-119).

Expresión simultánea de unos proyectos o estrategias y de sus resultados, la combinación —«composición», según prefiere Brunet, en el sentido de dialéctica interactiva— particular de varios de los coremas estructura y confiere especificidad a cada extensión concreta del espacio geográfico, pudiéndose reconocer en éste diferentes escalas o niveles de organización (local, co-

marcal, regional, continental, mundial, etc). Los lugares, o las regiones (como el resto de los niveles de organización espacial, cualesquiera que se definan y consideren), resultarían, pues, en tanto en cuanto espacios geográficos concretos, auténticas «estructuras de estructuras», o dicho de otro modo, unas estructuras complejas y particulares de esas estructuras elementales y generales que son los coremas. La combinación de éstos (la identidad de la región, en definitiva) es, en sentido riguroso, siempre única, aunque Brunet distingue entre combinaciones «singulares» o «específicas» (cualquier espacio tomado por sí mismo: una región determinada, una ciudad determinada, etc), por un lado; y, por otro, determinadas combinaciones más o menos recurrentes y habituales, los *corotipos* (*chorotypes*), concepto con el que Brunet denomina a aquellas «configuraciones espaciales-tipo ... que traducen la existencia de una solución (más o menos) común a unos problemas de organización particulares»: la ciudad árabe, la ciudad del Tercer Mundo, las organizaciones urbanas recogidas por los modelos de la Escuela de Chicago, las tres megalópolis mundiales, los oasis saharianos, los espacios de estuarios y deltas, los espacios de piedemonte, la isla tropical [fig. 3.1], las hoyas andinas [fig. 3.2], la huerta levantina, etc⁹.

En el conjunto del proyecto geográfico del autor, la coremática constituiría, sobre todo, una teoría y un método experimental para aprehender, investigar y representar modelos de organización espacial particulares (es decir, regionales, en sentido amplio, sean corotípicos o no) como composición de unos modelos de organización espacial que, aunque elementales (en el sentido de mínimos e irreductibles), remiten a procesos, leyes y modelos de vocación teórica y general (como los de gravitación). Lo cual le indujo a considerarla, desde su primera formalización explícita, «una vía hacia la solución de la contradicción entre los métodos deductivos y (los) inductivos, entre los enfoques nomotéticos y (los) idiográficos» (BRUNET; 1980, 253).

«Es preciso sumergirse en las estructuras singulares de un espacio particular para encontrar en él las estructuras elementales del espacio en general». «Cada estructura particular ... representa una manifestación local de la interacción de leyes y de acciones

⁹ BRUNET (1990, 195). Los corotipos constituirían, en expresión del autor, verdaderas «familias de formas» o «especies de espacios», porque son estructuras que «se repiten», con escasas variaciones, en un número de casos elevado. Algunos ejemplos de este tipo de modelos pueden verse en BATAILLON, DELER y THÉRY (1991, 68-70); BROCARD *et al.* (1995); BRUNET (1990, pág. 120); COUIX y DESSE (1994); DELER y GONDARD (1990); y MOLLARD (1993).

espaciales generales. No hay ninguna contradicción entre lo que sería una ciencia de lo general y un arte de lo particular. Existe una ciencia geográfica, cuyos fundamentos teóricos se consolidan poco a poco. Si ésta busca identificar unas estructuras y unas dinámicas, no es tanto para describirlas como para comprender los procesos y reconocer en ella unas afinidades comunes» (BRUNET; 1990, págs. 90 y 124-125).

3. LA PREVALENCIA DE LOS ENFOQUES ESTRUCTURAL Y SISTÉMICO

Como el autor ha recordado recientemente, «la coremática procede de una preocupación por la investigación y comunicación científicas, de un esfuerzo racional fundado sobre el análisis estructural y sistémico de las formas espaciales creadas por la acción de las sociedades» (BRUNET; 1996, 31). La trayectoria del pensamiento brunetiano, y de la práctica coremática en general, no se comprenden bien sin el referente de lo que significó la introducción de los enfoques sistémicos, originarios del ámbito anglosajón, en la renovación de la geografía francesa de finales de los 60, tamizados en mayor o menor medida por el auge de los planteamientos estructuralistas entre las ciencias sociales del país. En un contexto marcado férreamente por el agotamiento de la tradición historicista y por un cierto galocentrismo, la convergencia de ambas corrientes y los contactos con otras ramas del conocimiento por entonces más dinámicas y prestigiadas académicamente (como la ecología, la lingüística o la economía), canalizaron las primeras incorporaciones positivistas en la geografía física (G. Bertrand, Tricart) y geografía regional (Brunet, Dauphiné, Dumolard) francesas¹⁰.

Brunet ha sido, por ejemplo, uno de los partidarios más firmes de la postura objetivista en el clásico debate suscitado acerca de la auténtica naturaleza del concepto de región: «esos conjuntos geográficos —ha afirmado en referencia a las regiones— existen, y lo que las diferencia, las produce y las reproduce tiene todos los caracteres de un sistema» (BRUNET, 1979, 401); el enfoque sistémico deviene un útil teórico privilegiado para su comprensión porque, entre otros motivos, incide en los conceptos de organización e interacción dinámica entre los elementos, se opone al reduccionismo y al determinismo de causas o de efectos, permite superar las contradicciones geográficas entre lo general y lo particular,

evita poner un acento excesivo en la génesis histórica, y facilita la comunicación con otras ciencias (*Ibíd.*, 406; BRUNET *et al.*, 1992, 428)¹¹.

La parte tercera del volumen introductorio de la *Géographie Universelle* se consagra enteramente a sistematizar la concepción teórica personal del autor sobre tales planteamientos; el libro que le sucede en el mismo volumen, a cargo de Olivier Dollfus, constituye, de hecho, una interpretación general del mundo —o más exactamente, del «Sistema Mundo»—, escrita explícitamente en términos sistémicos. La conexión entre éstos y la teoría de partida arranca de la distinción entre estructura y sistema: la *estructura* es el objeto concreto; su *sistema*, el conjunto de fuerzas o energías que lo sostiene. Traducido a términos geográficos, cada estructura espacial particular (producto de la composición concreta y única de coremas o estructuras elementales) es sostenida por un sistema de energía, expresión de la acción de cuatro grandes fuerzas productivas: trabajo, capital, información y recursos (o expresado de otro modo: población, medios de producción —de los que *la organización del territorio* forma parte— y recursos).

Brunet acuña y propone el nombre de *geón* para denominar a toda estructura geográfica particular de la que se pueda identificar un sistema propio¹², y sostiene que la observación empírica e intuitiva permite reconocer unos tamaños, escalas o niveles principales de manifestación de los geones: los lugares, comarcas, regiones, naciones, grandes regiones, etc, hasta llegar al planeta considerado en su conjunto. En el supuesto del autor, «todo espacio está estructurado y su sistema puede ser definido» (BRUNET; 1990, 160). Los límites del geón (que viene a significar, en definitiva, una formulación sistémica de las escalas territoriales al uso) son por definición fluidos (dependen de los umbrales a partir de los que aparezcan, en un espacio dado, unos fenómenos nuevos) y no tienen por qué coincidir necesariamente con los límites de actuación de las estructuras político-administrativas paralelas, es decir: la *région-système* (el geón) no se solapa exactamente con la unidad de gestión al caso, o *région-maille*. El sistema que define a la primera pone en relación, a través de las fuerzas productivas citadas, un conjunto de *lugares* (entendidos aquí en sentido amplio, como puntos diferenciables en el espacio), canalizadas aquéllas e intercomunicados éstos por

¹⁰ Véase CAPEL (1990, 31-32); CLAVAL (1984); GEORGE (1988); y GÓMEZ MENDOZA *et al.* (1982, 111-127).

¹¹ Sobre las significaciones de este debate desde los años 60, véase MARCONIS (1990) y NONN (1990).

¹² El término figura por primera vez en BRUNET (1990, pág. 154).

una serie de caminos, que considerados conjuntamente a los lugares forman las *redes geográficas* («conjunto de relaciones ligadas a unos lugares»). Finalmente, la *situación* de cada lugar en el espacio, así como buena parte de sus características específicas, se definen por la incidencia y la interferencia sobre ese punto de lo que Brunet denomina *campos geográficos*, entendidos estos «en el sentido de campos de fuerzas», o sea, como los espacios respectivos de influencia de cada fenómeno geográfico particular (físico, económico, cultural, político, etc) (*Ibid.*, 173).

El proceder de los geógrafos «coremáticos» en el análisis regional, que pormenorizaremos en el epígrafe siguiente, no puede ser comprendido sin este referente teórico y lingüístico. Sobre todo en lo que respecta al énfasis y a la renovadora dimensión semántica y explicativa atribuidas a los conceptos de «situación» y de «campo geográfico», explícitamente planteadas: frente al carácter *absoluto* y *estático* de la «posición» —su concepto complementario en la tarea geográfica primera y obligada de la localización—, que se limita a ofrecer las coordenadas sobre el plano, la *situación* de un lugar es siempre *relativa* y *dinámica*, es decir, implica remitirse al conjunto de las relaciones que mantiene en el momento dado con otros lugares, inmediatos o no, de su entorno geográfico de influencia (su «*milieu*», en un sentido más amplio que el clásico). El indiscutible potencial de este planteamiento radica sobre todo en su valoración expresa de la relatividad geográfica y temporal de todo sistema o escenario espacial, al situarlo respecto a los procesos o dinámicas que operan decisivamente desde su ámbito externo, a su mismo nivel o a sus escalas inferiores (los *metasistemas* englobantes).

«[...] la *ciencia de la situación geográfica* es por definición central en nuestro trabajo. Todo lugar está situado en relación a otros lugares, a unos ejes, a unos flujos, a unas rupturas, y en los campos que se extienden por el Mundo. Esos campos son unas entidades geográficas de primer orden, y como tales deben estudiarse. Proceden del dominio social (la extensión geográfica de las formaciones sociales, de las estructuras familiares, etc), cultural o político (el campo del Islam, un comportamiento electoral regional, etc), económico (un modo de producción, un conjunto de intercambios comerciales, etc), natural (la zonación bioclimática, las grandes configuraciones del relieve, etc).

»La resonancia (de estos campos) en un lugar constituye el medio (*milieu*) del lugar... El lugar estaría inmerso, de algún modo, en un cierto número de campos, que se pueden identificar, y que contribuyen a orientar sus dinámicas. La composición de los campos... no *determina* el lugar, o el territorio; pero le aporta algunas determinaciones, más o menos obstaculizadoras o dinamizadoras, que las políticas y estrategias deberían tener en cuenta» (BRUNET; 1989, 95-96) [énfasis del autor].

Desde esta interpretación, un ejercicio iniciático de los estudios regionales coremáticos más ortodoxos suele consistir en identificar, seleccionar y describir antes que nada aquellos «campos de situación» cuya interferencia se considere más decisiva en la caracterización del sistema espacial estudiado, en el momento dado [fig. 4]. Pero aunque en su formulación teórica el concepto se presume *a priori* abierto y cualitativamente amplio, lo cierto es que la práctica del mismo se ha revelado hasta el momento minoritaria, confusa y parcial, reverdeciendo algunas de las limitaciones de la primera geografía analítica. La relativa juventud de la teoría, por un lado, y la dificultad de ajustar a los modelos gráficos subsiguientes un vocabulario que procede esencialmente de la física, la topología, la geometría o la economía espacial (campos y fuerzas, ejes y flujos, centros y periferias, aureolas y gradientes, direcciones y vacíos), por otro, suele reducir el señalado ejercicio a la contextualización de los espacios estudiados respecto de los principales procesos, áreas, polos y ejes de crisis o desarrollo económico y demográfico que les afectan. Obstáculo epistemológico que, trasladado a la esfera de la planificación y la ordenación territorial, se convierte en el principal de sus atractivos y posibilidades de éxito.

4. LA MODELIZACIÓN COREMÁTICA: ENTRE LA COMUNICACIÓN Y LA HEURÍSTICA (CARTO) GRÁFICAS

El verdadero papel que desempeña lo estrictamente gráfico dentro de la perspectiva coremática ha revestido no pocas ambivalencias y ambigüedades, que han añadido confusión tanto a la práctica como a la crítica de la misma. Brunet ha matizado recientemente que la coremática podría prescindir de figuras, porque de lo que se trata en principio es «imaginar abstractamente» unas configuraciones y remitirlas a unos conceptos y teorías generales del tipo ya señalado. «En la *modelización gráfica*, no es lo gráfico lo que cuenta, es la *modelización*» (BRUNET; 1996, 29). Pero ha reconocido igualmente, apostillado esas mismas observaciones, que prescindir del diseño implicaría una pérdida «en la capacidad de comunicación y, creo, por experiencia, en la de descubrimiento». Y sólo desde este punto de vista puede ser valorada una de las aportaciones más genuinas e innovadoras de esta corriente, que ha sido calificada por algún autor como una auténtica «*heurística gráfica* de la geografía» (REYMOND; 1996 a, 17).

Por lo que toca al mayor o menor potencial comunicador de la coremática, éste no radica tanto en la utiliza-

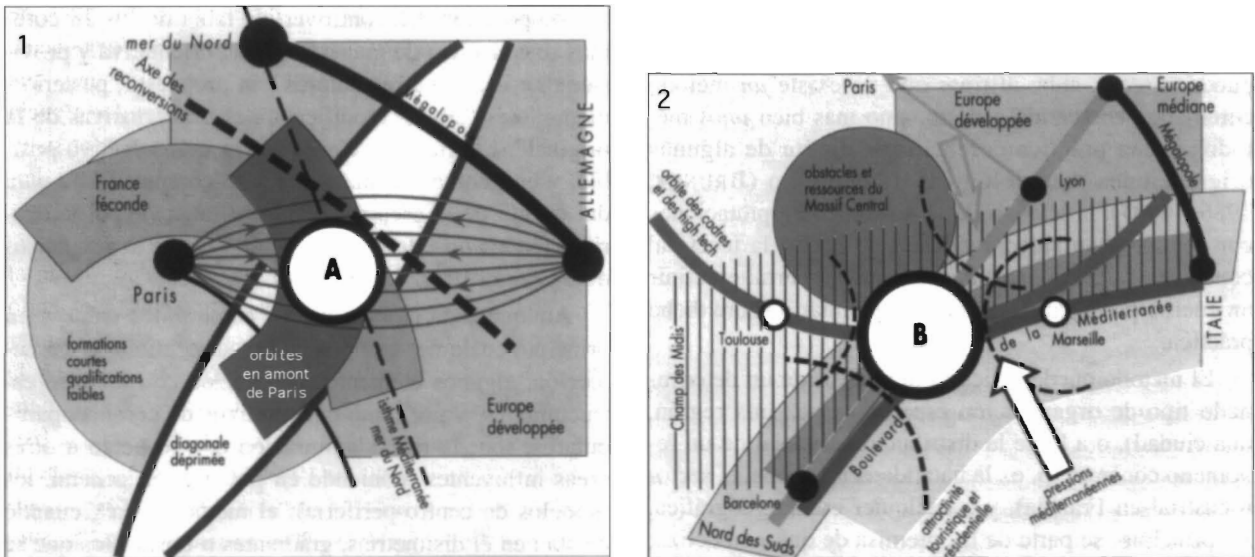


FIG. 4. Representación abstracta de los «campos de situación» de las regiones de Champagne y Languedoc (BRUNET, 1990, pág. 124). A/ La Champagne se sitúa, según Brunet: en la Europa desarrollada, aunque lejos de su eje principal y cerca del eje secundario de los espacios industriales en reconversión; en la Francia «fecunda» (es decir, la de mayor dinamismo y potencial demográfico), aunque también en la de baja cualificación profesional; bajo la órbita de dependencia de París y sobre la gran diagonal deprimida que atraviesa Francia entera de suroeste a noroeste; en el haz histórico de relaciones, a menudo conflictivas, entre la capital y Europa central, y sobre una de principales rutas históricas entre el Mediterráneo y el mar del Norte. B/ El Languedoc no pertenece, mas que en parte, a la Europa (más) «desarrollada», y pertenece plenamente al «Midi» social, económico y cultural, lo que explica ciertas retrasos y debilidades históricas. Participa de varias situaciones actualmente provechosas: los espacios atractivos por sus cualidades naturales; el «bulevar mediterráneo» que enlaza España con Italia y fija residencialmente el turismo; el desarrollo industrial que se prolonga desde la costa levantina a la mitad norte de Italia (los llamados «Nortes de los Sures»); la órbita de las tecnópolis, con potentes universidades y alta cualificación profesional; los flujos de migrantes Norte-Sur y Sur-Norte. Está limitada, entre la Europa central y la suroccidental, por el macizo central (zona en declive económico-demográfico, aunque también con recursos naturales de importancia) y contorneada por la actividad de varias metrópolis de peso (Lyon, Marsella, Barcelona o incluso Toulouse).

ción aislada de modelos simbólicos y figurativos de conceptos geográficos más o menos abstractos (estructuras, sistemas, campos, etc), sino en su utilización cartográfica. Más allá del corema —que funciona como su modelo teórico y gráfico director—, el principal de los instrumentos elaborados a tal efecto ha sido el *mapa-modelo* (*carte-modèle*), que en sentido amplio es la expresión cartográfica de un corema, y en el más estricto y utilizado es la expresión cartográfica que modeliza el conjunto de la organización espacial representada (es decir, la combinación de los coremas en un espacio dado) (BRUNET; 1986 y 1987). En esa segunda acepción, la representación del mapa-modelo constituye además la culminación de la tarea coremática, su objetivo último, su resultado final, el equivalente cartográfico —por así decirlo— de lo que significaba la síntesis regional en el discurso literario de la geografía clásica.

El precedente de este tipo de figura se encuentra precisamente, como ha advertido Marconis, en los denominados «croquis de síntesis», una de las preocupaciones cartográficas más innovadoras de la geografía regional

francesa desde los años 30 (MARCONIS; 1995, 122-124). En éstos se perseguía explotar al máximo las posibilidades descriptivas del mapa, introduciendo la representación de elementos estructurales y dinámicos. El propio Brunet aportó entre sus publicaciones más tempranas un tratado ejemplar en ese sentido, algunas de cuyas propuestas introductorias —la de avanzar cartográficamente hacia una «geografía regional comparada», por ejemplo— anticipan ya ideas nucleares de lo que constituye actualmente su planteamiento teórico más acabado (BRUNET, 1962). Pero la lógica constructiva y funcional que subyace a los mapas-modelo es bastante diferente de la que aquellos croquis, que se concebían eminentemente con carácter descriptivo, bien como resúmenes más o menos simplificados y selectivos, bien como abigarradas y exhaustivas acumulaciones de símbolos —y los propuestos en aquella obra son buen ejemplo de ello— representando decenas de elementos y de variables de todo tipo.

La descripción del procedimiento de modelización (carto) gráfica para llegar a los mapas-modelo nos ser-

virá para ilustrar los *rasgos fundamentales del «método» coremático*. Antes que nada, y por chocante que pueda parecer, cabe afirmar que no existe un método coremático en sentido estricto, sino más bien unos métodos y una práctica coremáticas: aparte de algunas orientaciones metodológicas de conjunto (BRUNET; 1986 y 1987), la relativa flexibilidad de interpretaciones con los que han sido practicada de hecho la teoría al conducirla hacia el análisis de casos, no permite definir un cuerpo perfectamente definido y unitario sobre dicha práctica.

El método puede aplicarse al análisis de un determinado tipo de organización espacial (p. e., una región, una ciudad), o a la de la distribución espacial de un fenómeno concreto (p. e., la natalidad en Europa, el sector industrial en Francia), y a cualquier escala geográfica. En principio, se parte de las premisa de que «modelizar un espacio (o la distribución de un fenómeno) implica investigar sus estructuras y sus dinámicas fundamentales» (BRUNET; 1986, 2). Aunque el proceso del razonamiento modelizador haya sido calificado a grandes rasgos de *hipotético-deductivo*, por el acento que pone desde el principio sobre la referencia de lo particular a unos modelos generales, así como sobre la utilización y verificación continuas de hipótesis a partir de unos pocos conceptos de base, parece más preciso afirmar que su funcionamiento es dialéctico, en sentido estricto: es decir, exige una comunicación constante entre el modelo y la realidad, entre el marco teórico general y la especificidad del objeto de estudio, entre la deducción y la inducción.

Ante el espacio o el fenómeno estudiado, el investigador coremático suele comenzar, como vimos anteriormente, definiendo la situación del mismo respecto de aquellas dinámicas y espacios cuya influencia se considera decisiva (los *campos de situación*). Junto con esa contextualización de partida y los conocimientos e informaciones convencionales disponibles sobre el objeto particular, el investigador intenta abstraer y descomponer las configuraciones observadas guiándose, en mayor o menor medida, por el abanico de los coremas de base, solos o combinados entre sí. *A priori*, esa búsqueda de estructuras elementales hace especial hincapié en la lectura e interpretación de las distribuciones espaciales observables por cartografía (básica o temática), que se depuran geoméricamente y representan a juicio de lo que el investigador considera sus estructuras y dinámicas elementales: se trata de interrogarse «qué hay detrás de la forma» de una distribución espacial, y si ésta puede corresponderse con alguno de los coremas conocidos o

su composición. La controvertida tabla de los 28 coremas se considera de manera abierta, orientativa y provisional, e incluso otros autores han propuesto, posteriormente, otras tablas, modificaciones o alternativas de la original¹³. El criterio pretende ser lo más selectivo posible, y en general, media docena de coremas basta para dar cuenta de lo esencial de la organización del territorio o fenómeno estudiado, dependiendo de lo que considere el autor [figs. 5.1, 5.2. y 6].

Aunque cada caso se asume como único en sí, y en principio cualquier componente es susceptible de esa selección, algunos elementos que suelen considerarse estructurantes, y por tanto constitutivos de coremas particulares, son: la referida situación con respecto a otras áreas influyentes (poniendo en práctica, en general, los modelos de centro-periferia); el medio físico¹⁴, cuando existan en él disimetrías, gradientes u obstáculos que se consideren esenciales sobre la organización de las actividades humanas (zonaciones ecológicas y bioclimáticas en latitud o altitud, pasos o barreras montañosas, recursos y medios con una especial facilidad o dificultad de explotación); la localización de los principales centros urbanos y económicos y su posible jerarquización; la disposición general de los usos y aprovechamientos; los ejes de comunicación y relación económica; la diferenciación espacial de esferas etnoculturales y socioeconómicas; los desequilibrios en el nivel de riqueza o desarrollo; las dinámicas espaciales actuales o recientes más relevantes (crecimiento o crisis, polarización-descentralización, integración-desintegración entre áreas, procesos de ocupación o colonización de tierras, etc). En determinados casos, se pretende explícitamente introducir la génesis y evolución histórica de la organización espacial analizada, denominándose a tales modelos gráficos con el nombre de *cronocoremas*, concepto acuñado por H. Théry.

La lógica de modelización y representación coremática es fuertemente geométrica y abstracta. El investigador elige desde el principio una superficie de trabajo lo más simple y neutra posible (un círculo, un cuadrado,

¹³ Por ejemplo, la de CHEILAN *et al.* (1990), orientada a la modelización de estructuras rurales, y la FONTANABONA (1994), simplificada con vistas a la enseñanza primaria y secundaria.

¹⁴ Si los coremas aparecen como «las estructuras del espacio de los hombres» —es decir, del *espacio geográfico* en el sentido restringido indicado—, Brunet sugería, por analogía, llamar *fisiomorformas* a las configuraciones o estructuras de orden estrictamente natural o físico, regidas por sus propios mecanismos y leyes. (BRUNET; 1990, 121). En la práctica, se ha solido utilizar también el nombre de coremas para designarlas.

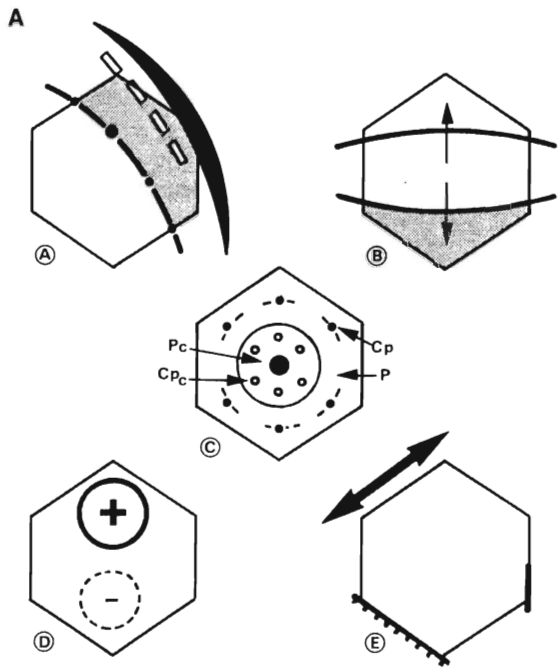


FIG. 1. — La décomposition en modèles élémentaires du modèle spécifique de l'organisation de l'espace français.

- A. Effet d'axe rhénan et ses dérivés.
- B. Gradients (de nature différente) des champs socio-culturels « Nord » et « Sud ».
- C. Modèle centre-périphérie et orbites de gravitation par rapport à la capitale dans un Etat fortement centralisé (P_c : périphérie du centre ; C_{pu} : centres de la périphérie du centre = orbite des « villes de la couronne » ; P : périphérie ; C_p : centres de la périphérie = orbite des métropoles provinciales, dites « d'équilibre »).
- D. Dissymétrie du couple des aires naturelles d'attraction-croissance (Bassin parisien) et de répulsion (hautes terres de la partie centre-sud).
- E. Effets de fermeture (surtout côté espagnol) et ouverture (courants maritimes actifs). (Cf. art. cité note (1), 1973).

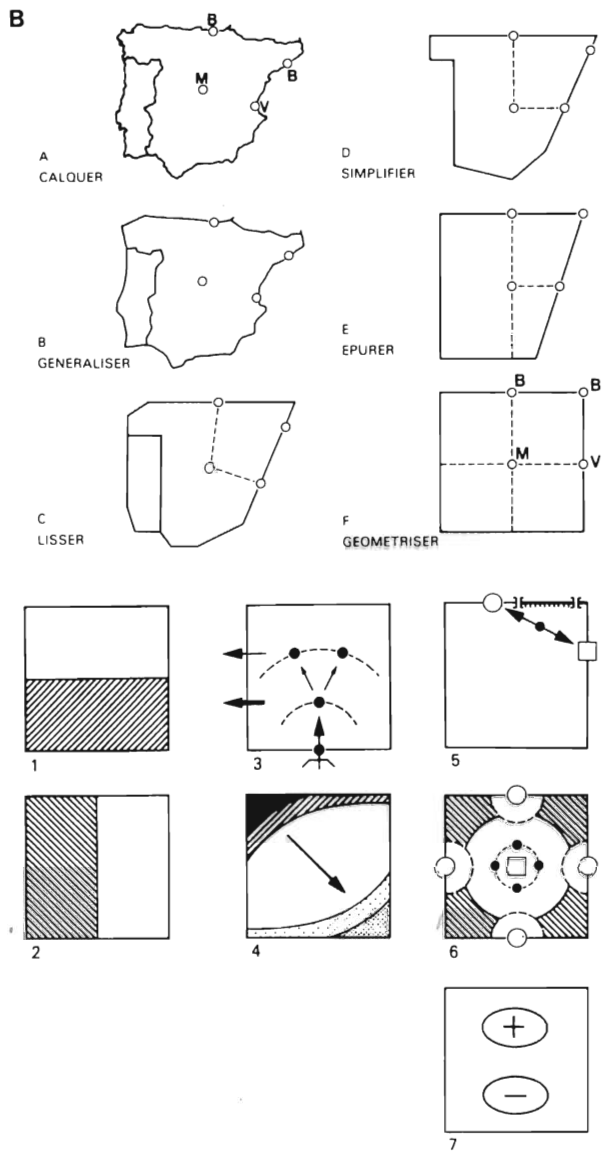


FIG. 5.1. Dos ejemplos tempranos de modelización coremática. A/ A la izquierda, los seis coremas de base o estructuras elementales de organización espacial de Francia, representados sobre el hexágono clásico, según R. BRUNET (1973 y 1980, pág. 256). B/ A la derecha, en la parte superior (figs. A-F), el proceso de abstracción geométrica elegido por R. Ferras para la modelización de España, hasta llegar a un cuadrado, en parte arbitrario y en parte basado en el énfasis estructural otorgado al cuadrante Bilbao-Madrid-Valencia-Barcelona (FERRAS, 1986, pág. 286; y 1991, pág. 316). En la parte inferior, los siete coremas de base reconocidos por el autor para resumir lo esencial de la organización espacial española: 1 y 2. Los gradientes socioeconómicos Norte-Sur y Oeste-Este (Atlántico-Mediterráneo); 3. El proceso histórico de colonización y posterior expansión colonial; 4. El gradiente climático-húmedico NO-SE; 5. Los efectos de la barrera pirenaica y del eje de desarrollo industrial País Vasco-Cataluña; 6. El modelo gravitatorio de organización de la red urbana y el sistema de comunicaciones, en torno a la capital; y 7. La polarización Norte-Sur en relación a los ejes de desarrollo europeos. La modelización completa incluía además la combinación de estos coremas de base en otros más complejos, un modelo sintético final y una propuesta de regionalización, enormemente discutible.

un rectángulo) para representar el territorio estudiado, depurando simplemente los contornos originales o guiándose por hipótesis de partida sobre las conexiones

entre forma y modelo, según las interpretaciones que ya describiéramos en el epígrafe inicial. Por poner algunos ejemplos, y siguiendo el primero de esos dos criterios,

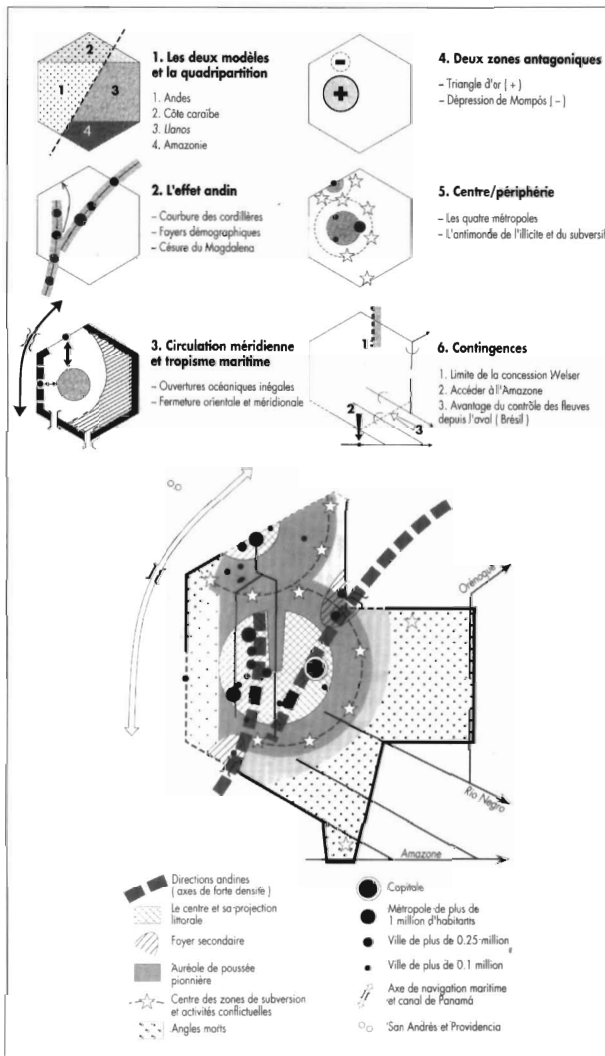


FIG. 5.2. Los seis coremas de base y el mapa-modelo resultante (integración de los anteriores) del territorio colombiano, según J.-P. Deler, en BATAILLON et al. (1991, págs. 256-257).

Brunet modeliza Francia acudiendo al hexágono clásico; Ferras y Théry utilizan el cuadrado en sus estudios respectivos sobre España y Brasil, y Marchand el rectángulo para el caso de Irlanda. El «modelo de isla tropical» —uno de los corotipos predilectos de la coremática— se representa en el marco de un círculo; el de las zonas de estuario por un triángulo.

Lo mismo ocurre con la representación subsiguiente de las estructuras y dinámicas seleccionadas: junto a la simbología habitual de la cartografía convencional (el punto para expresar asentamientos, la línea para marcar límites o caminos), la cartografía coremática hace abundante uso de flechas (para marcar flujos y direcciones);

isolíneas (para indicar zonificaciones espaciales y gradientes en la intensidad de un fenómeno); círculos y aureolas (que son expresiones sencillas de la gravitación); símbolos positivos y negativos (para marcar fenómenos de polarización —atracción/repulsión— y variación —crecimiento/decrecimiento—); y arcos (que enlazan puntos con una cierta afinidad, o señalan una orientación parcial o asimétrica de fenómenos de carácter gravitatorio). En teoría, cualesquiera que sea el tipo, la forma geométrica o la coloración de los símbolos elegidos, ciertas reglas cartográficas deben ser respetadas: la posición de los objetos, los tamaños o pesos relativos, las diferencias internas, las jerarquías. Reglas cuya transgresión, dicho sea de paso, ha sido una de las acusaciones vertidas por los detractores de esta corriente respecto de ciertas representaciones coremáticas de bastante popularidad.

La etapa final de los análisis coremáticos es la representación del mapa-modelo, e implica un proceso de «(re)composición», que integre sobre la superficie general de trabajo los coremas que habían sido previamente aprehendidos, descritos y representados por separado. En la ambición original de Brunet, esa composición no consiste en la mera superposición geométrica, exhaustiva e indiscriminada de unos coremas sobre los otros, y ello no sólo —o no tanto— por razones de legibilidad. Desde su base teórica, se supone que los coremas y sus formas geométricas **más o menos puras** son sólo *abstracciones ideales de la realidad*, es decir, sus estructuras elementales y sus modelos. Y que en su combinación, esto es, en su manifestación espacial «real», «acabada», concreta (es decir, en tanto en cuanto lugares, regiones, etc), interactúan entre sí, «deformándose recíprocamente».

Se puede recurrir a un ejemplo grosero para ilustrarlo: el círculo perfecto puede ser la manifestación de la gravitación en torno a un polo de atracción si se considera de manera abstracta, ideal y aislada, sobre un espacio isotrópico (y esa es la forma que toman los modelos de centro-periferia). Pero al considerarse en su interacción con otros círculos (expresión de otros tantos focos de atracción) o su interferencia con otras figuras diferentes (representativas de otras estructuras, como las rugosidades del terreno, por ejemplo) del espacio real, el cual, por definición, es anisotrópico, esa disposición geométrica pura se desfigurará en mayor o menor medida.

El mapa-modelo debe considerar, en definitiva, las repercusiones de la interacción mutua de los coremas que lo componen, la deformación geométrica que resulte de la misma, y representar con la mayor legibilidad posible lo esencial de la organización del espacio o el fenómeno descrito, incluidas sus dinámicas. Deviene de

esta forma un útil no sólo de comunicación sino también de investigación y descubrimiento. En las modelizaciones más elaboradas del mismo, el resultado de la composición cartográfica de los coremas se ha utilizado incluso para regionalizar el territorio o fenómeno estudiado según áreas de homogeneidad estructural (el análisis de Théry sobre Brasil constituye un ejemplo paradigmático en este sentido¹⁵). Sus posibilidades pedagógicas, como sus limitaciones más señaladas, se examinarán más adelante.

En todo caso, tanto los fundamentos como el proceso y los resultados finales de la modelización coremática plantean explícitamente el problema del lenguaje cartográfico, así como la posición de la cartografía en el conocimiento geográfico (REYNAUD, 1987). La coremática, que se pretende, en buena parte, una «geografía general de las formas espaciales» (entendido el concepto de forma en un sentido holístico, es decir, fisionómico y estructural a la vez) suscribe la consideración del mapa en general como «el instrumento de trabajo privilegiado del geógrafo» (BRUNET; 1989, 96), atribuyéndole una funcionalidad heurística irrenunciable: «Comenzamos a comprender —afirmaba literariamente Brunet— que el que “habla” es el mismo mapa, y no su leyenda, y que se necesitan instrumentos para interpretar lo que dicen sus formas, sus estructuras y distribuciones» (MAPPEMONDE; 1986, 1). La modelización gráfica adquiere su plena identidad geográfica desde la dimensión cartográfica, a la cual enriquece, al mismo tiempo, atribuyéndola una potencial privilegiado.

«¿Para qué diseñar los mapas? —se preguntaba otro de los más destacados representantes de la coremática— ¿Para comunicar, para mostrar de modo más sintético que por un largo discurso un fenómeno que cobra su sentido en el espacio? Desde luego, y ya es mucho. Pero también porque trazándolos revelamos —y se nos revela a veces— unas estructuras poco aparentes en la documentación que manejábamos: la cartografía es también una heurística, sobre todo cuando los medios modernos de cálculo y de trazado permiten librarse de las tareas repetitivas y acelerar la producción de imágenes, para concentrarse mejor sobre su análisis. Éste puede apoyarse en la construcción y combinación de coremas, un buen medio para hacer aflorar las estructuras distinguidas por el análisis e incluirlas en un modelo global» (THÉRY; 1986, 14).

Bajo sus peculiares formalizaciones gráficas, sistémicas y no cuantitativas, el planteamiento coremático aúna y reverdece, de este modo, aspiraciones de cuño

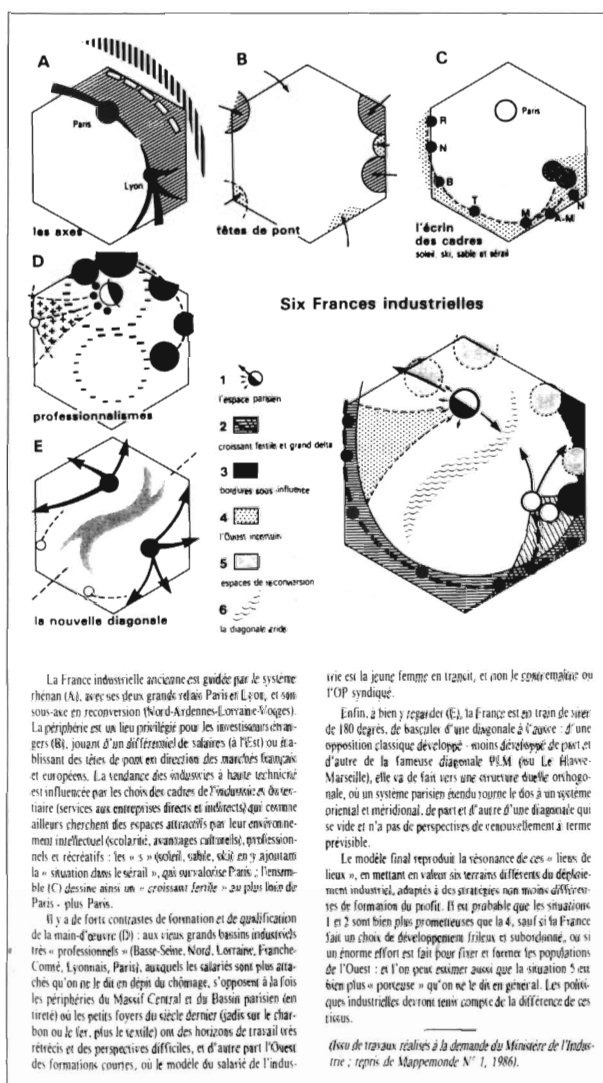


FIG. 6. Un ejemplo de modelización aplicada al análisis de un fenómeno concreto: el empleo industrial en Francia, según R. Brunet [en Brunet, R. y Sallois, J. (Dirs). (1986): *France, les dynamiques du territoire*, Montpellier, GIP-RECLUS]

diverso: de un lado, las argumentaciones de algunos de los mentores principales de la geografía analítica en favor de «un paradigma de la geografía basado en modelos», frente a lo que entendían como el «paradigma clásico» de la geografía, «basado en clasificaciones» de elementos, formas o lugares (CHORLEY y HAGETT; 1967, 27-29). De otro, relacionado con el anterior, la búsqueda de una perspectiva geográfica regional de carácter «general» y «comparado» —una suerte de «geografía general de las formas espaciales», en expresión de Brunet—, frente a la concepción idiográfica y separativa de la antigua monografía regional. Aspiraciones ambas

¹⁵ THÉRY (1986 y 1988) y BATAILLON, et al. (1991, 389-393). Otro ejemplo concreto en esa línea lo ofrece el estudio de BENOIT et al. (1993) sobre la región de Borgoña.

que cabe enmarcar en la idea matriz de «*recentrar*» la disciplina sobre las ciencias sociales, es decir, «sobre las obras humanas» y «alrededor del objeto regional repensado», dotándola de un estatuto teórico de base que, alejándola de los planteamientos genuinamente empiristas y naturalistas de la geografía clásica, permita al mismo tiempo replantear y fortalecer su valoración, aplicación y utilidad públicas. Reflexionaremos sobre todos estos elementos a lo largo de la segunda parte de este estudio.

III

COREMÁTICA Y SOCIEDAD. DE LA INSTITUCIONALIZACIÓN A LA CRÍTICA

Recuperemos algunas de las consideraciones introductorias. Si la coremática hubiera permanecido en el terreno de lo estrictamente académico y universitario, difícilmente podrían comprenderse determinados aspectos de su formulación teórico-metodológica, o de sus modos retóricos y discursivos; difícilmente también el celo condenatorio de sus atacantes, la implicación de colectivos profesionales diversos en el mismo (el presidente de la Asociación francesa de geografía física, representantes de los diversos niveles de enseñanza) o el terminante *stop!* de la citada portada de *Hérodote*; difícilmente, desde luego, llevado a lo crematístico, la proyección pública o editorial de sus ideas y creaciones. Examinadas desde la esfera de la práctica y los intereses sociales solicitados, o desde la de lo que Robic llamaba «la naturaleza de la referencia», la renovación epistemológica y la difusión institucional de la coremática fuera de la educación superior proceden, por un lado, de — invitan a— una reflexión detenida en torno a la función de la imagen y de la información geográfica en la sociedad francesa. El que dicha renovación-difusión haya llegado a plantearse, o cuando menos a concretarse parcialmente, ha tenido lugar, por otro, en el marco de una serie de circunstancias eventuales directamente relacionadas con la posición y trayectoria profesionales de su principal inspirador, aunque este mismo haya rechazado el concepto de Escuela.

1. EL «INFORME GODELIER» Y LA CONSTITUCIÓN DEL GIP-RECLUS

Con precedentes académicos de no poca importancia —como la fundación de la revista *L'Espace géographique*, en 1972—, los dos hitos que marcan el comienzo

de la institucionalización del proyecto geográfico de Brunet más allá de las aulas universitarias son el *Informe sobre el estado de las Ciencias Humanas y Sociales*, de 1982, y la creación del GIP-RECLUS, materialización de determinadas propuestas elaboradas en dicho documento, en 1984.

El informe en cuestión era el resultado de un amplio movimiento de reflexión al más alto nivel institucional, suscitado en el marco de la renovación política del país tras las elecciones presidenciales de mayo-junio de 1981, que dieron la victoria al Partido Socialista, rompiendo un ciclo de más de treinta años de hegemonía ininterrumpida de los partidos de centro-derecha. Roger Brunet (nac. 1931), antiguo profesor en las Universidades de Toulouse y Reims, miembro fundador y director de la citada revista, y por entonces director de investigación en el CNRS de París, entró como consejero técnico de Ciencias Humanas y Sociales en el gabinete del nuevo Ministro de Investigación y Tecnología, Jean-Pierre Chevènement. Y en calidad de tal le fue confiada la redacción del capítulo correspondiente a la Geografía, como parte de ese macro-informe de más de 400 páginas sobre la situación nacional de las ciencias humanas y sociales, encargado por el ministro y bajo la dirección general del antropólogo Maurice Godelier, de quien tomó su nombre. El contenido resumido de aquel capítulo fue publicado en *L'Espace géographique* (BRUNET; 1982), y su lectura, que incorporaba los resultados de más de 150 encuestas efectuadas entre geógrafos, ofrece claves imprescindibles para entender con perspectiva histórica la relación de fuerzas, orientaciones y posiciones enfrentadas en la agitada geografía francesa de los 70 y comienzos de los 80.

Al presentar el panorama de las condiciones y elementos de producción dominantes en la disciplina, Brunet señalaba, entre otras cosas, la confusión social y la impresión de heterogeneidad respecto de su imagen pública; un estatuto científico bajo, muy inferior a su nivel científico real; el provincianismo acusado de ideas y de lengua (falta de contacto con otras disciplinas y países); la escasez generalizada de reflexión teórica; el dominio muy mayoritario de los intereses universitarios; la falta de utilidad práctica de su enseñanza escolar, capitalizada por el mero «entrenamiento de la memoria»; y el fraccionamiento geográfico y la falta de medios de los grupos de investigación. Se acusaba a la geografía de haber vivido largo tiempo «en los laureles de la Entreguerra», el inmovilismo y el aislamiento; y se cuestionaba duramente el peso obstaculizador del «paradigma» naturalista de la geografía tradicional, o al menos de la

interpretación maximalista de la misma, que —instituida por el poder de la geografía física y, en parte, de la geografía tropical— habría convertido en el objeto propio de la disciplina lo que originalmente no era sino una hipótesis (la diversidad regional como proyección de la adaptación de las sociedades a las diferencias del medio natural). En tonos más afines y optimistas, el autor daba cuenta de los esfuerzos, todavía minoritarios, de reflexión y renovación teórica y metodológica suscitados desde comienzos de los 70 —en esa línea incardinaba, por ejemplo, el nacimiento de *L'Espace géographique*—, así como del desplazamiento creciente de los intereses de la geografía hacia la idea de «ciencia de la organización del espacio por las sociedades».

Como quiera que el texto derivaba de motivos no sólo informativos sino también, en buena parte, prescriptivos, a desarrollar en el marco de la recién promulgada *Ley de orientación y programación de la investigación*, Brunet dedicaba la segunda mitad del mismo a sugerir propuestas de cambio. Ante una situación que consideraba «frágil e incierta», el autor reclamaba «un vigoroso esfuerzo de reflexión y formulación teórica» capaz de producir resultados innovadores y originales; enumeraba —sintetizando las opiniones de los encuestados— doce caminos temáticos de esperanza (entre ellos la reformulación de la monografía regional); y reagrupaba en seis dominios-clave las propuestas encaminadas a reexaminar las condiciones de producción de la disciplina: 1/ Rejuvenecer el estamento universitario; 2/ Favorecer la apertura hacia otras disciplinas y países; 3/ Liberalizar y democratizar las estructuras de formación y funcionamiento académico interno; 4/ Fomentar el aprendizaje de técnicas y medios de comunicación e investigación nuevas, el intercambio y divulgación de revistas científicas, etc; 5/ Incentivar la mejora de las redes de información y acceso a la documentación geográfica, así como la colaboración de los grupos investigación en torno a grandes centros, programas o proyectos científicos colectivos, de capacidad estructurante y renovadora; y 6/ Aleccionar la utilización y valoración pública del conocimiento e información geográficos fuera de los medios universitarios, incluyendo en ello una reforma de los contenidos de la enseñanza escolar, para conectarlos mejor con las preocupaciones y demandas actuales, así como con el propio desarrollo científico.

«No se trata solamente —afirmaba a este respecto— de cambiar una imagen; se trata, mucho más, de informar a los ciudadanos, de asumir plenamente las responsabilidades culturales de una ciencia del espacio, de la diferencia de los países y las sociedades, de una ciencia de los equilibrios sociedad-naturaleza; de una cien-

cia que podría ser, pues, altamente educativa en materia de información sobre los vecinos y *partenaires*; y sobre todo en materia de tolerancia y buena convivencia» (*Ibid.*, 212-213).

La institucionalización efectiva de algunas de las sugerencias e instrumentos explícitamente planteados por Brunet en el «Informe Godelier», en especial los apuntados en los dominios 4º, 5º y 6º, tuvo lugar dos años más tarde, en octubre de 1984, ocupando éste el cargo de jefe del Departamento de Ciencias del Hombre y de la Sociedad en el entonces refundido Ministerio de Industria e Investigación. Ese mes, el primer ministro, H. Curien, aprueba definitivamente la creación del *Grupo de Interés Público RECLUS (Reseau d'études des changements dans les localisations et les unités spatiales)*¹⁶, cuyo proyecto había presentado el propio Brunet en diciembre de 1982. Bajo la dirección de éste, la institución, dependiente del CNRS, partía con la idea de satisfacer una necesidad patente de los poderes públicos y de la colectividad nacional:

«Disponer de un conocimiento mejor del territorio nacional y de los territorios vecinos, especialmente los europeos, de sus dinámicas y de sus líneas de fuerza, con el fin de actuar sobre, invertir, corregir y atenuar las disparidades en el nombre de una solidaridad bien entendida. [...] Al mismo tiempo y para comprender esos movimientos, era preciso tener una idea seria de las grandes permanencias, de las tendencias “fuertes” y de las leyes de organización territorial» (BRUNET, 1988a).

El desafío era doble: de un lado, proponer un programa atractivo y «visible», capaz de interesar tanto a investigadores como a políticos, tecnócratas o empresarios, y de ser accesible al conjunto amplio de la ciudadanía: «Este programa debía *asociar estrechamente la investigación y la comunicación*» (*Ibid.*, 123); de otro, o por derivación del anterior, *contribuir a modificar en parte la práctica, la dimensión y el estatuto social de la geografía*. El organismo concibió desde el principio la realización de *tres «programas de base»* («tres productos visibles concretos»), ya planteados en el Informe Godelier: dos grandes proyectos editoriales y colectivos, la *Géographie Universelle* (10 vols., de unas 550 págs. cada uno) y el *Atlas de France* (14 vols. de entre 130-150 págs.); y un tercero experimental, el *Observatoire de la dynamique des localisations (ODL)*, encaminado a crear una red nacional de información geográfica y cartográfica en soporte digital y de acceso público, o más

¹⁶ Según Brunet (1988 a, 124), con este acrónimo se pretendía además «rendir homenaje a uno de los más grandes geógrafos franceses, injustamente desechado por la institución universitaria durante decenios, y que había tenido la importancia de popularizar su conocimiento».

específicamente, a «investigar las vías y medios para una buena información en tiempo real sobre las dinámicas de las localizaciones de actividades, e infraestructuras ... que tienen, a la escala considerada, algún efecto estructurante sobre el empleo y el territorio» (*Ibid.*, 127). Aunque con delegaciones en París y Toulouse, la sede central de RECLUS se ha establecido en Montpellier, alrededor de la que se conoce como «*Maison de la Géographie*», un complejo de más de 1.300 m² útiles, con cerca de 35 empleados a tiempo completo.

En pocos años, el Grupo ha conseguido reunir la base de datos geográficos nacional más importante sobre Francia y el extranjero, y se ha convertido en el primer centro francés productor de cartografía temática, campo en el que ha introducido y aplicado a menudo las técnicas de la modelización gráfica. En la tarea prioritaria de difundir socialmente la utilidad de la información geográfica, y aprovechando la coyuntura técnica (SIGs) y mediática (profusión y demanda de las imágenes geográficas), el director fundador de la institución ha reconocido que «como instrumento de investigación y de comunicación, el mapa es nuestro mejor triunfo» (*Ibid.*, 131). RECLUS colabora estrechamente con instituciones afines públicas de relevancia (como la DATAR, el INSEE o el IGN)¹⁷ y empresas privadas; maneja presupuestos considerables¹⁸; y cuenta con una política de publicaciones muy activa, que incluye diversas colecciones de metodología, atlas y cartografía informatizada, así como trabajos de investigación aplicada especializados en materia de empleo, redes urbanas y estructuras y dinámicas del espacio europeo. Desde 1986, y por iniciativa de R. Ferras, publica la revista trimestral de cartografía *Mappemonde* —que ha sido el principal vehículo de difusión de la coremática entre el público especializado—, y ha coeditado hasta 1995 la publicación de *L'Espace géographique*, de la que Brunet continúa como director. En cuanto a los dos grandes programas editoriales señalados, la *Géographie Universelle* y el *Atlas de France*, a través de los cuales se pretende acceder a lo que sus autores han llamado *le grand public cultivé*, mediando para ello entre el rigor académico y las necesidades comerciales, han comenzado a publicarse a partir de 1990 y 1995, respectivamente, dirigidos también por el propio Brunet.

2. SOBRE LAS RAMIFICACIONES GEOPOLÍTICAS Y DIDÁCTICAS DE LA COREMÁTICA

La intensa actividad del GIP-RECLUS ha funcionado, directa o indirectamente, como la principal de las lanzaderas institucionales de la coremática, aunque no la única. La modelización gráfica, con sus implicaciones teóricas y cartográficas, ha experimentado una acogida y un desarrollo notables entre ciertas instituciones y grupos relacionados con la ordenación territorial y la planificación económica, por un lado, y con la educación primaria y secundaria, por otro.

A) La primera de esas conexiones aprovecha los presupuestos teóricos de un método, el coremático, que está inspirado en buena parte en los conceptos de la economía y geografía espacial, y que se centra precisamente en la determinación de las estructuras y dinámicas de mayor relevancia territorial; esto le confiere un indudable potencial prospectivo que tanto la teoría como la propia práctica de los coremas llevada al análisis de casos han pretendido expresamente desarrollar¹⁹. A esto debe añadirse el atractivo que ejercen para un amplio sector de políticos y decisores sus representaciones cartográficas, articuladas sobre la base de figuras geométricas sencillas, que constituyen formas de comunicación rápidas, sintéticas y en apariencia fáciles de visualizar y comprender.

La propia leyenda que las sustenta está a menudo salpicada de metáforas y mensajes efectistas, que aportan capacidad de provocación a los mapas y a los diagnósticos territoriales que traducen. Su utilización bajo una cierta apariencia de «slogans» publicitarios coincide con una de las técnicas de comunicación hoy día habituales en los estudios de prospectiva de la DATAR, aquella que su reciente director, el economista J.-L. Guigou, al referirse al horizonte nacional del 2015, ha definido como «la producción de mitos movilizados» susceptibles de estimular el interés de los diversos agentes sociales: «el mito del equilibrio, el fantasma de la desertificación, el culto a las ciudades medias, el temor a la marginalización...» (GUIGOU; 1995, 93). La aparición de algunas de esas imágenes y mensajes en determinados documentos de dicha institución estatal [fig. 7] y de ciertos *Conseils Régionaux* (como el del

¹⁷ DATAR: Délégation à l'Aménagement du Territoire et de l'Action Régionale; INSEE: Institut National de la Statistique et des Études Économiques; IGN: Institut Géographique National.

¹⁸ El presupuesto durante sus cuatro primeros años de funcionamiento fue superior a los 6 millones de francos/año, sin incluir los gastos salariales (BRUNET, 1988 a, 126).

¹⁹ «Un buen uso de los modelos permite incluso descubrir las posiciones clave y predecir las dinámicas futuras o potenciales —o interrogarse sobre el hecho de que ese potencial esté visiblemente sub-explotado—» (BRUNET, 1986, pág. 4). Ejemplos ilustrativos con esa orientación pueden verse en BRUNET (1988 b y 1994); RENERIE (1988); y JALABERT y WEISSBERG (1995).

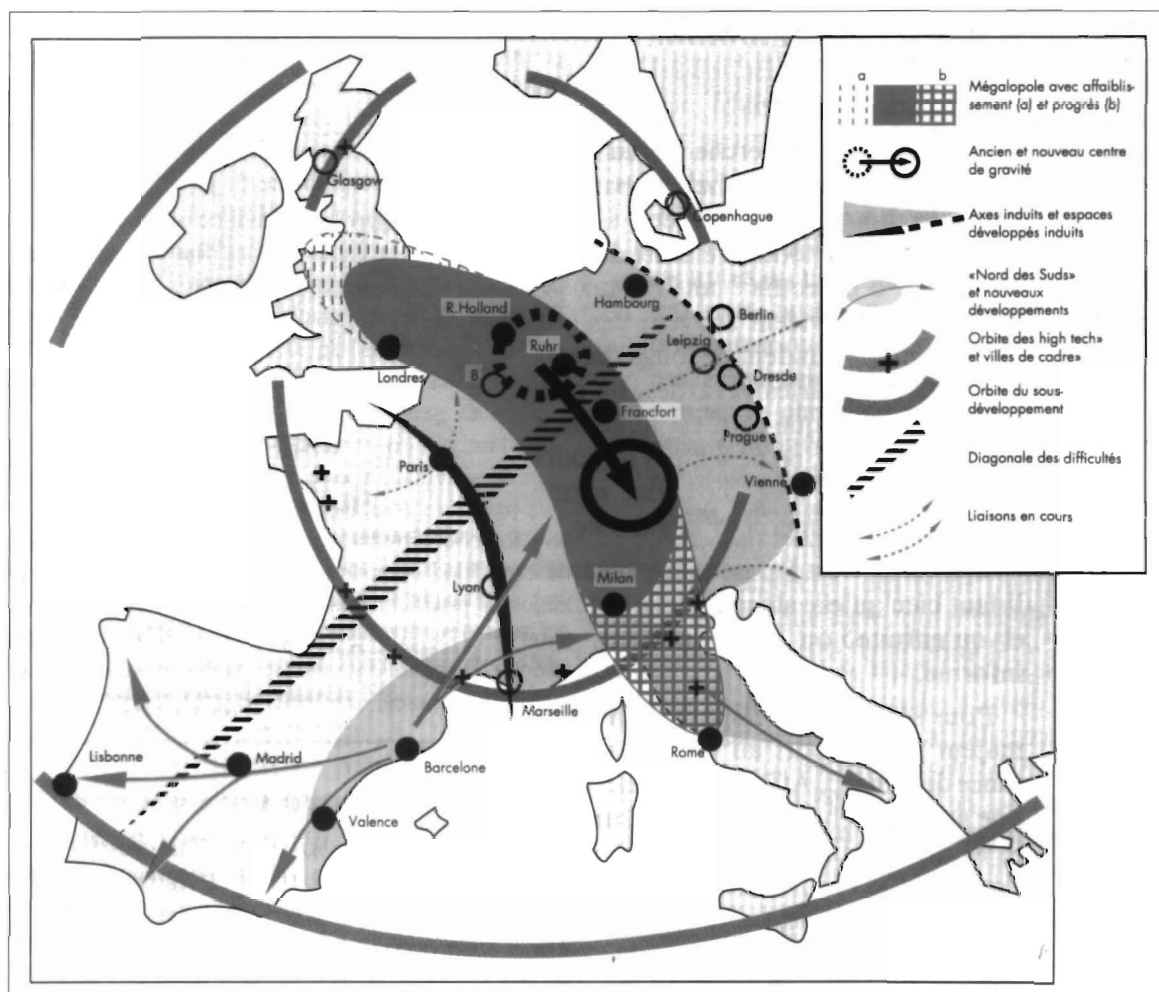


FIG. 7. Divulgada desde 1989, bajo versiones algo diferentes, por diversos documentos de la DATAR y el GIP-RECLUS, esta representación de las estructuras y dinámicas fundamentales de Europa Occidental, elaborada por R. Brunet, se convirtió rápidamente en la más conocida y polémica de las imágenes coremáticas aplicadas a la ordenación y prospectiva territorial [BRUNET: 1987, 2ª edic., pág. 57]. El mapa interpretaba como «megalópolis» la conurbación Inglaterra-Rhin-Norte de Italia (popularizada entre los políticos y los medios de opinión públicos de Francia como la «banana azul», por la forma y el color con que se publicó originalmente en los documentos de la DATAR), considerada el eje económico-político vertebrador y dominador de la Europa contemporánea. Aunque afectada en la actualidad por un proceso de desplazamiento hacia el sur, a causa de la reestructuración industrial de los últimos 20-30 años, esta dorsal habría inducido históricamente la formación de otros ejes paralelos y en cierto modo dependientes (p. e., el de París-Lyon-Marsella). En la imagen se definía también la emergencia de nuevos ámbitos de desarrollo (el arco mediterráneo comprendido entre el levante español, el Golfo de Génova y la mitad norte de Italia —lo que el autor llamaba los «Nortes de los Sures»— y una órbita de tecnópolis); se trazaban los cinturones y ejes principales de subdesarrollo y crisis; y se proponían algunas estrategias y programas de acción futuros para paliar tales desequilibrios e integrar a los países del Este en el marco deseable de un modelo europeo policéntrico. Esta y otras interpretaciones a ella asociadas han inspirado determinados argumentos territoriales de la DATAR; reclamado la atención de políticos, medios empresariales y de comunicación; y suscitado incluso la aparición de réplicas contrariadas por el carácter excesivamente alarmista de algunos de sus mensajes.

Midi-Pyrénées), ha significado, por otra parte, la difusión de los resultados específicos de la coremática a un extenso espectro de la opinión pública y hasta los medios de comunicación de masas, al tiempo que ha trasladado el debate sobre la misma al terreno geopolítico y ha suscitado algunas de las críticas más aceradas por

parte de sus detractores. En ellas entraremos en el capítulo siguiente.

B) La renovación de los modelos de enseñanza de la geografía en la educación primaria y secundaria ha figurado desde el principio entre las preocupaciones prioritarias del proyecto coremático. El GIP-RECLUS ha esti-

mulado la formación de equipos pedagógicos asociados; ha editado un manual sobre la utilización escolar de la modelización gráfica (CLARY, *et al.*; 1988); ha difundido a través de las páginas de *Mappemonde* los resultados de algunas experiencias concretas desarrolladas en esa línea (CLARY, 1989 y 1995; BOULANGER *et al.*, 1994; FONTANABONA, 1994); y ha consagrado un número monográfico de *L'Espace géographique* a debatir el panorama de la enseñanza geográfica en Francia, en el contexto de la profunda reflexión llevada a cabo, a fines de los 80, por una Comisión ministerial constituida a tal fin (*L'ESPACE GÉOGRAPHIQUE*, 1989). Desde finales de la pasada década, la «coremática didáctica» —expresión con la que J.-P. Capmeil ha definido a esta rama particular de la corriente— habría experimentado «una penetración sistemática» en la institución escolar y sus principales organismos de formación y control (*Inspection pédagogique régionale*, MAPFEN, IUFM)²⁰; así como una «evolución fulgurante» en el plano editorial, pasando «de la ausencia a la omnipresencia en los manuales escolares». En ese escaso tiempo, se habría convertido en «una suerte de doctrina oficial» y en el «discurso dominante» de la geografía en los niveles no universitarios (CAPMEIL, 1995, 63; CHANTIN, 1995, 67).

Los presupuestos de la coremática didáctica²¹ no difieren de la teoría general. Sus defensores abogan por subvertir el carácter en buena medida descriptivo, acumulativo y memorístico de los programas escolares tradicionales, así como el enorme peso que ha mantenido la geografía física y las perspectivas naturalistas en sus contenidos. La coremática didáctica defiende lo que ha denominado *una epistemología constructivista del conocimiento*, basada en el dominio de unas *matrices* o *redes conceptuales* selectivas (agrupación de grandes categorías de fenómenos: lugar, cantidad, espacio, territorio, distancia, escala, estructura, medio ambiente, representación...) y en la utilización de la modelización gráfica, mediante las cuales profundizar en las capacidades de abstracción y generalización de los alumnos. A través de los modelos, los conceptos de la realidad geográfica concreta o visible y sus distribuciones deben ser in-

terpretados en función de unos cuantos conceptos geográficos abstractos, de tipo estructural y dinámico (ejes, flujos, nudos, hitos, centros, periferias, disimetrías, contactos, rupturas...): un río o una carretera como eje, una ciudad como polo de atracción, una frontera como área de ruptura o intercambio, etc.

Uno de sus ejercicios predilectos consiste en que el alumno pueda ser capaz de describir un espacio geográfico dado utilizando esos conceptos, partiendo inicialmente de las representaciones cartográficas o fotográficas convencionales; seleccionarlos; y reproducirlos según su criterio mediante unas pocas figuras gráficas de referencia, sencillas y fácilmente memorizables. Se insiste también en el trabajo a diferentes escalas y en la idea de sistema. De este modo, la modelización coremática permite simultáneamente organizar y hacer operativos los conocimientos adquiridos por la teoría; estimula la capacidad de abstracción del alumno —«utilizar modelos es practicar una geografía conceptual», ha escrito Clary (1995, 20)—; y facilita el acceso a la representación de la realidad geográfica sin necesidad de una habilidad matemática, lingüística o gráfica especial.

3. HÉRODOTE Y LA CRÍTICA ANTI-COREMÁTICA: ¿CIENCIA GEOGRÁFICA O ARTE DE LA COMUNICACIÓN?

Partiendo de ese marco de progresiva penetración social, y retomando una distinción expositiva desarrollada en el presente estudio, el aluvión de críticas aglutinado en el entorno de *Hérodote* se puede examinar desde la triple significación práctica —científica-geopolítica-educativa— que ha revestido la corriente coremática. La reflexión que el señalado monográfico ha pretendido suscitar no ha estado desprovista de simplificaciones, lecturas parciales, tonos catastrofistas y reduccionismos maniqueos: hace tiempo que sobre esta revista, nucleada en torno a la Universidad de París-VIII, pesan las sombras del sensacionalismo, los devaneos oportunistas y el progresivo protagonismo intelectual de su director²². Pero ha tenido, sin duda, la virtud de plantear algunas de las limitaciones, debilidades y riesgos del discurso y la práctica coremáticas; de esclarecer explícitamente la posición de determinados colectivos e intereses frente a las mismas (interpretarlo en términos de escuelas o de supuestas alternativas excluyentes del tipo geografía «acti-

²⁰ El MAPFEN es la Mission Académique de Formation des Professeurs de l'Education Nationale. Ejerce una función activa en la difusión de nuevas metodologías y técnicas didácticas, a través de cursos de formación o perfeccionamiento para los profesores. Los IUFM (Institut Universitaire de Formation des Maîtres), equivalen a las escuelas universitarias de magisterio en España.

²¹ Sobre los presupuestos pedagógicos de la coremática, puede verse CLARY (1989 y 1995); CLARY, y FERRAS (1989); y BOULANGER *et al.* (*op. cit.*, pág. 14).

²² Véase el artículo de J.-Cl. Boyer (1986) dedicado a esta publicación con ocasión de su décimo aniversario, aparecido —¿extraña casualidad?— en *L'Espace géographique*.

va»/geografía «formal», como hace Lacoste, resulta exagerado, además de engañoso); y, sobre todo, de relacionar su éxito y receptividad públicas con algunas de las claves definitorias de la coyuntura histórica actual.

A) Buena parte de las críticas dirigidas hacia la coremática desde el punto de vista más estrictamente científico (epistemológico y metodológico), han resucitado, a menudo de forma un tanto fácil y ligera, los argumentos generales desplegados en los 60 y 70 contra la Nueva Geografía. Algún autor se ha referido, de hecho, a esta corriente como una suerte de «vestidura modernista de la economía espacial» (MARCONIS; 1995, 112). La idea de que «el espacio (geográfico) tiene sus propias leyes» (Brunet) ha sido malinterpretada por ese mismo detractor —cierto es que la ambigüedad o el excesivo acento narrativo de determinadas sentencias de la *Géographie Universelle* han podido contribuir a ello— en términos neodeterministas (*Ibid.*, 114). O en todo caso, se entiende que los argumentos justificadores de estas leyes, como la de la gravitación, son reduccionistas y amparan una visión economicista de la sociedad y del territorio, en detrimento de las instancias culturales, políticas o naturales. Y por añadidura, en opinión de Sivignon: «es el estatuto de la Historia en la explicación geográfica lo que está en juego. En su lógica profunda, el ejercicio de los coremas es a-histórica, aunque los defensores de la coremática hayan intentado poner en práctica unos “cronogramas” para compensar esa falta: las figuras fundamentales de los coremas deben ser válidas para todos los tiempos y lugares» (SIVIGNON; 1995, 109).

Otra de las acusaciones recurrentes en ese mismo sentido se refiere a la *aspiración de científicidad* perseguida y proclamada por el proyecto disciplinar brunetiano —lo que Lacoste ha llamado «la ilusión científica» y Chantin (1995, 67) «la fuerza aparente del pseudo-objetivismo»—. Aspiración que, según sus detractores, tiene mucho de proselitismo, es decir, obedece en gran medida a sus afanes explícitos de respetabilidad y receptividad social; y que modula las peculiaridades del vocabulario coremático, repleto, como hemos visto, de expresiones importadas de la física mecánica, las cuales, aplicadas a la geografía, resultarían más «científicas que científicas». En relación con ello, Lacoste y Sivignon han criticado «la arrogancia intelectual» o «la ambición totalizante» implícitas en ciertas proposiciones fundacionales de la teoría —como la pretensión de que es preciso aprender los coremas para conocer «el alfabeto de la geografía»—, así como lo que consideran un estilo de argumentación frecuentemente «expeditivo», grandilo-

cuente y salpicado de lagunas, contradicciones o ambigüedades inexcusables. Ironizando sobre el «ilusionismo científico» de la práctica coremática, Giblin y el director de *Hérodote* se han referido a Brunet como «le grand chorémateur» (LACOSTE; 1993, 247).

Un tercer punto esencial en la crítica del proyecto disciplinar de la coremática atañe al *deterioro del estatuto de la Geografía física*. Según Charles Lecoœur, el entonces presidente de la Asociación francesa de geografía física, «los defensores de una “geografía nueva” —en alusión directa a los coremáticos— intentan eliminar de sus razonamientos todo análisis de la configuración física y de las modalidades de su evolución» (LECOEUR; 1995, 39). Para este autor, la concepción que esta corriente tiene de la geografía, como «ciencia social», ha venido acompañada de una estrategia general de exclusión, empobrecimiento e incluso de «denigración sistemática» de los conceptos y paradigmas naturalistas de la disciplina. La muestra más rotunda de ello la representa la obra *Les mots de la géographie* (BRUNET *et al.*; 1992), considerada de alguna forma como el diccionario «oficial» de la perspectiva coremática, en el que la geografía física ha sido presentada de una manera marginal, anacrónica, simplista y en ocasiones hasta ridícula. Intercalada con la polémica científica y la voluntad de renovación de los estudios regionales, la coremática proyectaría también, según Lecoœur, una estrategia de poder encaminada a reducir el tradicional peso de los geógrafos físicos en las instituciones académicas y educativas.

Un cuarto y último grupo de objeciones, de entre las de carácter más propiamente científico, cuestionan la *naturaleza semiológica y cartográfica de las construcciones coremáticas*, así como el verdadero interés geográfico de sus resultados:

– En relación con lo primero, y fuera del marco de *Hérodote*, Jolivet y Nicolás-Obadia (1991) han considerado equívoca o poco rigurosa la cualidad de «signos» que Brunet pretende atribuir a los coremas, tanto en su acepción conceptual como en la gráfica. Esta atribución sería desde luego incorrecta si se aceptase la definición lingüística más estricta de *signo*, es decir, la de objeto creado con voluntad de comunicar, lo cual, como Brunet ha reconocido, no es el caso de la organización del espacio. Pero además, aún aceptando una definición menos rígida de signo, que incluya también los elementos no intencionales, debe recordarse que la teoría de los coremas se basa en una serie de *hipótesis* relativas a la existencia de conexiones regulares entre los resultados de ciertos procesos sociales de dominación territorial y ciertas configuraciones espaciales elementales observa-

bles. Y que en el estadio actual de la teoría esas conexiones permanecen todavía, precisamente, en ese nivel hipotético y poco preciso: la relación significante-significado admite demasiadas interpretaciones, y para una misma forma espacial podrían reconocerse procesos genéticos muy diversos.

Más confuso todavía, por lo que respecta ya a la acepción gráfica del término, es el hecho de que los estudios regionales de casos han presentado un uso ambivalente de determinadas figuras coremáticas; ello implica que un mismo corema (gráfico) ha sido interpretado en función de un discurso diametralmente opuesto, sin cambiar el diseño, o que un mismo mensaje ha sido expresado por coremas o diseños diferentes. Utilizados así, los coremas no han alcanzado a ser, por tanto, signos, ni acaso, todavía, *índices*, sino representaciones esencialmente *simbólicas*.

«En sus utilizaciones actuales —concluyen estos autores—, los coremas han perdido el contacto con la localización de los objetos geográficos (las cosas) que se supone representan. Su forma no evoca nada real en el espíritu de aquellos que no comparten las ideas del que las diseña. Su significación simbólica, por el contrario, es extremadamente fuerte» (*Ibid.*, 543).

— Respecto de lo segundo, las representaciones coremáticas han sido especialmente criticadas por su *esquematismo gráfico*. Haciendo una generalización cuestionable, diversos autores han tomado la más popular e influyente de ellas, el mapa-modelo de las dinámicas y estructuras fundamentales de Europa occidental (aquel en que se acuñaba el concepto de la megalópolis Inglaterra-Rhin-Italia), creado por Brunet y divulgado por la DATAR, como ejemplo paradigmático de uno de los vicios y riesgos principales de la coremática [fig. 7]. Profundizando la observación de Jolivet y Nicolas, la crítica de *Hérodote* considera que tales representaciones no funcionan según una lógica geográfica de localización precisa de los lugares y fenómenos, sino según una lógica que privilegia el equilibrio de conjunto de la composición gráfica: la abstracción geométrica de los contornos y el trazado de ejes, círculos, arcos, etc, más o menos puros, «impondrían» implícitamente unos criterios de localización cartográfica difíciles de reflejar y de aplicar a la distribución espacial real de los hechos geográficos, mas que a riesgo de cometer simplificaciones o deformaciones importantes sobre la información. Capmeil ha comparado la lógica de estas representaciones con el constructivismo artístico; Giblin se ha referido a su «grafismo» geometrizable y «simplismo caricatural», en el que la forma llega a imponerse sobre el fondo.

Por este motivo, según Capmeil, la práctica coremática «tiene, en efecto, necesidad de un cierto alejamiento con lo real para resultar creíble, lo que explica que permanezca a menudo a pequeña escala (regiones, países o continentes); su ausencia de localización precisa confrontada a un conocimiento mejor del terreno por sus usuarios perjudicarían su credibilidad» (CAPMEIL, 1995, 63). El mismo autor ha ironizado sobre la pretendida capacidad heurística y referencial de la famosa tabla de los 28 coremas de base, «el alfabeto» del mundo según la metáfora brunetiana; para Capmeil —utilizando una expresión sarcástica inspirada en el símil morfológico con el que la coremática bautizó a la referida megalópolis—, esa supuesta capacidad acaba forzando de hecho a «la búsqueda de la banana perdida», es decir, «la necesidad (para los coremáticos) de encontrar en el mundo real el pequeño Meccano de los coremas, con sus formas geométricas básicas tan tranquilizadas» (*Ibid.*, 63).

B) Examinadas desde el terreno social, político o pedagógico, las consecuencias de ese grafismo adquieren un cariz más alarmante. Retómenos, por lo que toca al *plano político*, el ejemplo señalado: para los críticos de *Hérodote*, las representaciones coremáticas del territorio europeo y sus mensajes han servido de forma tendenciosa y sibilina a los intereses de la DATAR, en el seno de los documentos que se utilizaron recientemente para orientar y difundir públicamente las directrices nacionales de ordenación. Entre otras cosas, el diagnóstico y el mapa-modelo de Brunet, recogido en ellos, excluye de la megalópolis Londres-Milán (el principal eje de desarrollo continental) a la aglomeración parisina; acusa a la polarización capitalina de provocar la «esterilización» de su entorno; y denuncia el riesgo de «dislocación» nacional alrededor de lo que el llama la «diagonal del vacío», que atravesaría las regiones centrales y sudorientales de Francia. Beatrice Giblin (1994 y 1995a) ha pretendido demostrar la falsedad «catastrofista» de tales imágenes y mensajes, a los cuales ha dedicado el sarcástico calificativo de «gargarismo verbal»; el alarmismo que han generado entre determinadas instancias políticas regionales; y la manipulación que la DATAR (como organismo de la administración central) ha efectuado a través de ellos para tratar de justificar ante la opinión pública la necesidad de reincorporar la ordenación del territorio en manos del estado, después de una década en que las leyes de descentralización la han trasferido en buena parte a las regiones. Los ejemplos en esta dirección se han extendido a determinados Consejos Regionales. Y como ha resumido esta autora, «las representa-

ciones simplistas conducen a falsos diagnósticos y, por ende, a malas decisiones» (*Ibid.*; 1995 a, 33).

C) *En el plano educativo*, las críticas dirigidas a la coremática han abundado sobre todo en la velocidad y el celo desmedidos con el que ésta se ha introducido en las instituciones y programas, haciendo generalizada la percepción de que nos encontramos ante una nueva geografía oficial. Marconis y Chantin han añadido además un riesgo pedagógico, constatado, según ellos, empíricamente: el «efecto anestésico» que puede llegar a ejercer sobre la capacidad crítica de los alumnos una interpretación del mundo en la que priman las nociones de orden y de ley, y en la que tiende a eludirse las cuestiones que proceden de lo contradictorio, lo incierto, lo complejo, lo específico, el desorden... En el contexto de su desarrollo todavía incipiente, los planteamientos de la didáctica coremática ante determinados temas han reducido de hecho la explicación de los componentes ideológicos y sociales, mostrando las dificultades de aplicación escolar de una teoría que, sobre el papel, reivindica precisamente la idea de trasladar el protagonismo a los actores humanos. En los niveles no superiores de la enseñanza, sobre todo, el abuso de unas representaciones estructurales y, por esencia, no figurativas, ¿no encerraría el peligro de reducir la geografía «a una geometría abstracta de líneas y de puntos, representando lugares sin clima, sin relieves, sin paisajes... y cuyos hombres serían unas simples unidades elementales que nos contentaríamos con contar y clasificar en función de sabios modelos estadísticos?» (MARCONIS; 1995, 129).

D) Examinemos por último lo que determinadas interpretaciones de la crítica contra-coremática han apuntado en relación con *la dialéctica interactiva entre el discurso científico, las prácticas sociales que los sustentan y el contexto histórico* en que se desarrollan. La mayoría de ellas se situarían en el nivel de los hechos: la aparente sencillez compositiva de las representaciones coremáticas, junto con su lenguaje —cargado tanto de referencias científicas como de sugestivas metáforas y símiles—, le confieren *un enorme poder comunicativo* y evocador entre políticos, tecnócratas y medios de comunicación pública, e incluso entre profesores y especialistas. Transmiten una sensación de facilidad aun pretendiendo expresar la naturaleza profunda (las estructuras) del territorio, por lo que median como interlocutores relativamente cómodos en un contexto disciplinar y social progresivamente abrumado por la masividad de fuentes e informaciones, y en cual *el desarrollo de las tecnologías digitales y de los medios de comunicación de masas*

ha conferido un privilegio inusitado a las imágenes en general, en perjuicio de las formas discursivas literarias.

En un nivel más hipotético, algún autor ha planteado explícitamente la *similitud existente entre los modelos gráficos coremáticos de base y las figuras geométricas elementales (puntos, líneas, polígonos) con las que opera la moderna cartografía informatizada* para tratar y representar los elementos geográficos (GIBLIN; 1995 b, 89-92). La cuestión de en qué medida las segundas (es decir, el medio tecnológico de reproducción) han podido influir sobre la formalización de los primeros (que son un medio de intelección de la realidad, una teoría interpretativa de las configuraciones geográficas), resulta cuando menos ineludible, más aún considerando que el GIP-RECLUS ha potenciado desde el principio el desarrollo de la cartografía automática (los *atlas coremáticos* de Brasil, España y China fueron uno de sus primeros productos visibles) y los sistemas de información geográfica. Según la hipótesis de Giblin, la herramienta técnica intervendría aquí no sólo como transmisor de las ideas, sino también como su condicionante activo, es decir: los patrones de representación de los programas informáticos habrían moldeado poderosamente la teoría, o por lo menos su dimensión gráfica.

«A fuerza de descomponer las informaciones geográficas en elementos geométricos de base para informatizarlos y reconstruir los mapas, quizás Brunet y su equipo hayan pensado, por analogía, que toda la diversidad del mundo podía descomponerse en 28 elementos de base, las estructuras elementales o coremas, cuya combinación puede variar hasta el infinito» (*Ibid.*, 92).

Junto a este condicionamiento técnico, la lógica compositiva de las imágenes y los provocadores mensajes coremáticos traslucirían igualmente —de acuerdo con una de las interpretaciones más críticas y negativas que se ha hecho de los mismos—, el peso determinante de sus necesidades de promoción social. Capmeil ha denunciado su «vocación fundamentalmente publicitaria, incluso mercantil», convencido de que es en ellos en donde «la coremática se revela como lo que es de hecho: una simple representación, en el pleno sentido del término».

«En el fondo —se preguntaba este autor—, no es el principal talento de sus promotores su sentido agudo del marketing y su capacidad excepcional de concebir un producto particularmente adaptado a su mercado? Tras un discurso más cientifista que científico, se revela, de hecho, una práctica muy eficaz del *lobbying*, fundada sobre una hábil comprensión de las demandas reales o previsibles de los consumidores de mapas. El carácter aparentemente «llave-en-mano» de muchos de los esquemas coremáticos explica su éxito cuando se dirige a un público de decisores apremiados y más habituados a la lectura de cortas notas de síntesis preparadas que a reflexiones largas y complejas» (CAPMEIL; 1995, 64).

IV
LA COREMÁTICA, LA «GEOGRAFÍA UNIVERSAL
RECLUS» Y LA «NUEVAS» GEOGRAFÍAS
REGIONALES: SANCIÓN Y REVISIÓN DE UN
PROYECTO DISCIPLINAR

Desde comienzos de la pasada década, sobre todo, y especialmente dentro del ámbito anglosajón, se viene reivindicando, anunciando y reconociendo como definitiva *la revitalización de la geografía regional* (GILBERT, 1988; PUDUP, 1988; NOGUÉ, 1989; ALBET, 1993). Algunos historiadores de la disciplina han interpretado las causas de este resurgimiento en el contexto filosófico de la postmodernidad, o sea, en el cuestionamiento de los grandes metarrelatos modernos y en la celebración (postmoderna) de la subjetividad, la diferencia y la diversidad (GÓMEZ MENDOZA, 1989, 101-102). Sin embargo, la procedencia de las llamadas o el contenido de sus productos han revestido inspiraciones de cuño muy diverso. Las sistematizaciones sobre el respecto resultan, por ello, sumamente complicadas, aun cuando entre las mismas, y en el ámbito geográfico señalado, domine el interés por la corriente que Nigel Thrift, uno de sus más conocidos mentores, autodenominase como *nueva geografía regional* o *geografía regional reconstruida*, en parte para desmarcarla de la resurrección pura y simple de los patrones de la corología clásica. En un artículo de referencia ya obligada sobre el tema, Anne Gilbert (1988) identificó, entre sus rasgos distintivos, la concepción explícita de la disciplina como ciencia social; la prevalencia teórica de la economía-política y de la analogía estructural (la región como estructura y como proceso articulados socialmente a través de las relaciones de producción); la búsqueda de una teorización que permita una interpretación de lo específico y particular en el marco de mecanismos generales; y la asunción de un compromiso declarado con la transformación social.

Estructurada sobre tales aspiraciones, la *nueva geografía regional* anglosajona ha constituido de hecho, en gran medida, «una reconstrucción neomodernista del marxismo», contradictoria pues con buena parte de los retos y presupuestos que su (pretendida o falsa) etiqueta postmoderna habría permitido esperar *a priori* (COSQUELA; 1994). Se la tilde de neomodernista o de postmoderna —en realidad más lo primero que lo segundo—, su sola aparición define, en cualquier caso, la creciente significación a nivel internacional de ciertas constantes en absoluto ajenas a nuestro objeto concreto de estudio. Nada más lejos de mi intención incurrir en identificaciones fáciles y sumarias, pero parece claro que, por cami-

nos y con vestidos evidentemente diferentes, *las recientes reconstrucciones renovadoras de la geografía regional en el ámbito anglosajón* y —en lo que toca a la coremática, aunque no sólo— *francés*, permiten reconocer ciertas orientaciones comunes, probablemente porque, en el fondo, su punto primigenio de partida también lo es. Entre tales figuras *el desplazamiento —los coremáticos hablan de recentramiento— progresivo de la disciplina hacia la concepción de ciencia, y más específicamente de ciencia social; hacia la formulación explícita de sus supuestos teóricos y epistemológicos; hacia la teorización e interpretación generalista de las especificidades regionales; y hacia las posibilidades pragmáticas y aplicadas del quehacer geográfico.*

Ese núcleo epistemológico de partida al que nos referimos ha sido *la geografía analítica o espacial*, si bien metamorfoseada y reinterpretada bajo modelos y lenguajes de cientificidad más «blandos» —esto es, ya no cuantitativos—, abiertamente dispuestos a la integración, más o menos ecléctica, de otras tendencias del pensamiento geográfico reciente de filiación científica social. Así, mientras que en el contexto anglosajón, origen de la revolución teórico-cuantitativa, esa trasmutación ha ido adoptando a lo largo de los años 70 y 80, en su modalidad más activa, vestiduras marxistas (refugio de buen número de geógrafos cuantitativos neoconvertos: Massey, Harvey), con incorporaciones procedentes de la geografía del comportamiento (Thrift, Pred) e intentos minoritarios (Gregory) por recoger en una suerte de marxismo crítico determinados elementos de la fenomenología; en Francia, y es el caso no sólo de la coremática, la perspectiva regional del análisis espacial ha privilegiado y «reblandecido» una teoría —la sistémica— que, aunque procedía del exterior, y precisamente del ámbito anglófono, era más fácilmente adaptable en el arraigo estructuralista (marxista o no) propio de las ciencias sociales de los 60.

En ese país, donde la geografía de corte clásico (historicista, empirista, naturalista, literaria) ha ocupado secularmente una posición mayoritaria entre los estamentos académicos y escolares, *la novedad introducida por la coremática estriba en que representa un principio de «éxito» e institucionalización pública efectiva de una corriente nacida explícita y directamente de la Nueva Geografía*. Y en que esa institucionalización se ha fundado en buena parte —con los apoyos políticos imprescindibles— en *el atractivo social de un discurso basado en las posibilidades comunicativas y heurísticas del lenguaje gráfico y cartográfico*. No cabe duda de que tres de las publicaciones más importantes del GIP-RECLUS —

el *Dictionnaire critique*, el *Atlas de France* y, especialmente, la *Géographie Universelle*— revisten precisamente un carácter estratégico y emblemático, «fundacional» y rupturista al mismo tiempo, en el camino por oficializar y difundir públicamente, más allá de los círculos universitarios, un proyecto disciplinar alternativo del tradicional. Y sólo en ese sentido (ya que no, por supuesto, en el cronológico), o en el hecho de que su inspiración originaria proceda del giro «revolucionario» iniciado por la *New Geography*, puede aceptarse el calificativo de «nueva geografía» con la que ha sido recibida la coremática entre ciertos sectores (muy especialmente en el escolar), y que Brunet ha rechazado explícitamente.

Por lo que toca a la *Géographie Universelle* (la «G.U.», como coloquialmente suele abreviarse), en concreto, conviene recordar que es la primera manifestación de este género escrita en Francia desde la que dirigieron Vidal de la Blache y Gallois (20 vols., 1927-1948), y la primera en la historia que, como ha destacado Sivignon, se encuentra encabezada por una suerte de «manifiesto» de carácter teórico-epistemológico (el libro redactado por Brunet). La ambición inherente siempre a este tipo de obras —ofrecer una representación del estado actual del mundo— se acompaña aquí, expresamente, de otros dos objetivos: *dar cuenta del estado de una ciencia y contribuir a su refundación*, o dicho en términos de su director, a «una reinterpretación global ... de los espacios geográficos y del espacio de la geografía» (BRUNET; 1990, 8).

La Geografía regional se sitúa así en el epicentro de este proyecto, del que —insistamos en ello— la coremática forma una parte importante, aunque no la única ni, en sentido estricto, la definitiva. Pero se trata de un «objeto regional repensado» (*Ibid.*, 244) con respecto al pasado, circunstancia, por otra parte, obligada a la luz de las transformaciones disciplinares y sociales acontecidas durante los últimos treinta o cuarenta años. En su vocación y en su demarcación científicas, en su manera de concebir las relaciones entre lo general y lo particular, o en la interpretación y el lugar acordado a las relaciones entre la sociedad y el medio físico. La geografía que en ella se defiende certifica el proceso de «antropización» definitiva del objeto disciplinar introducida por las tendencias renovadoras de los 60 y 70; es una geografía pretendidamente «recentrada» o, mejor dicho, «humano-centrada», según la expresión utilizada por Philippe Pinchemel (1992, 18-20). Su centro principal de atención, su terreno nuclear de interés, lo constituye ahora el *espacio geográfico*, la *organización del espa-*

*cio*²³, *el territorio*, en las significaciones de apropiación, organización o interpretación social del espacio que denotan en mayor o menor grado todos estos conceptos: «la geografía estudia la organización del espacio como producto social y como elemento de reproducción social», «el mundo como territorio de la humanidad»; su fundamento «es identificar y comprender los lugares, las redes que los unen, los territorios que forman» (BRUNET; 1995, 477).

El director de la *G.U.* ha condenado, expresamente —y la condena ha revestido imágenes de culpabilidad histórica—, los presupuestos naturalistas y «adaptacionistas» de la geografía tradicional, y sobre todo sus prolongaciones hegemónicas posteriores; entre otros motivos porque, en Francia, según Brunet, la llamada «concepción ecológica» de la disciplina (que pone el acento en las conexiones sociedad-medio físico), dominante hasta hace poco entre su práctica escolar y en buena parte de su imagen pública, habría tomado por eje de la misma lo que no es sino una de las diversas modalidades de relación del hombre con el espacio, distorsionando —«cegando», literalmente— la discusión reciente sobre su unidad en torno a falsos problemas o a la defensa corporativista de unos intereses (los de los geomorfólogos) (BRUNET, 1989 y 1990). *La posición de la geografía física en el análisis regional, e incluso en el conjunto del statu quo académico de la disciplina, se replantea, por ello, radicalmente.*

«Ello no significa, en ningún sentido, que el análisis del medio natural no tenga interés y pueda ser evacuado de la geografía. Éste debe ser hecho, simplemente, con otro espíritu [...]. La geografía se recentra sobre las obras humanas, y sobre las organizaciones del espacio de los hombres. Encuentra allí, de muy distinto modo, la Naturaleza. Pero la naturaleza del geógrafo no tiene nada de «natural» [...]» (*Ibid.*; 1990, 261).

«La Geografía, como ciencia, es investigación del mundo presente [...]. (Ello) Incluye, sin duda, la naturaleza; pero es una naturaleza para la humanidad, y vista desde la humanidad: transcrita, interpretada, subjetivada. Que no existe más que vivida ... Nuestra relación con la naturaleza es mediata...» (*Ibid.*, 532).

El proyecto dentro del cual se inscribe la coremática ambiciona, por otra parte, *reformular en términos unificadores e indisolubles la relación entre la geografía*

²³ Aunque utilizada con anterioridad, esta expresión se popularizó en Francia a partir de una obra homónima de J. Labasse (1966). Con el tiempo, ha pasado a constituir el objeto común y preeminente de los enfoques inspirados en la geografía analítica, especialmente entre los de adscripción sistémica (CHRISTOFOLETTI, 1989; CLAVAL, 1984, 45). Auriauc lo reconoce como el núcleo articulador de la *Géographie Universelle* RECLUS (COMITÉS DE REDACTION..., 1993, pág. 262).

general y la regional, presentándose como una vía posible de superación de ciertas dicotomías teórico-metodológicas tradicionales (nomotética-idiográfica; deductiva-inductiva). La teoría de los coremas incide en la posibilidad y conveniencia de aprehender una serie de mecanismos y de elementos constitutivos generales dentro de las configuraciones geográficas particulares (lugares, regiones...); aplicarlos al análisis de las mismas; y delimitar a partir de su comparación unas estructuras y modelos de organización espacial más o menos parecidos (la definición de *corotipos* cumple precisamente ese propósito). Pero ello no implica que se niegue la individualidad ontológica de cada configuración concreta, ni que se otorgue a su estudio un interés disciplinar menor, sino que se conceptualiza el objeto regional en la manera en que lo planteaba la geografía teórica o analítica: como combinación individualizada de unos procesos generales; como fuente de información y de experimentación, al mismo tiempo, de unos principios de carácter universal.

La propuesta rechaza, no obstante, una geografía general interpretada principalmente en términos separativos (como una «colección» de geografías particulares: económica, agraria, cultural, etc; o como una clasificación de elementos aislados según la forma o la función: formas de pueblos, casas, tipos de cultivo...), y cifra su coronamiento en «la regional» (el único adjetivo, por cierto, en opinión de Brunet, que aplicado a la disciplina resulta «tautológico») (*Ibid.*, 266). Es más, el desarrollo de las dimensiones teóricas de la disciplina, en sentido amplio (y no sólo de las estrictamente coremáticas), debería disolver en último término la tradicional distinción entre una vertiente general y otra regional, para fundir ambas en una suerte de «*geografía regional general*» (retomando la expresión acuñada por M. Le Lannou en 1949), que los representantes de esta corriente y el espíritu inspirador de la *G.U.* reivindican como «el corazón mismo de la geografía» (BRUNET *et al.*; 1992, 383). Su aspiración en ese punto —una aspiración ya manifestada, paradójicamente, por el propio Vidal—, estriba pues en alcanzar una teoría general de los espacios regionales, o dicho mediante otras fórmulas, contribuir a la formulación de una «geografía regional comparada» (BRUNET; 1962, 14), «una geografía general de la geografía regional» (THÉRY; 1988, 149), o una «geografía general de las formas espaciales» (BRUNET; 1990, 203).

Una ambición de este tipo, tan explícitamente planteada en una obra que, como ésta, implica la reconsideración pública de una disciplina a través de una interpretación general del mundo —rasgo común, en realidad,

aunque implícito hasta ahora, del género de las Geografías Universales—, resulta por sí sola apasionante, al margen de que los resultados ofrecidos en la práctica deparen *a posteriori* ilusiones o decepciones, partidismos en ambos sentidos, y necesariamente opiniones encontradas. *La revisión de un proyecto disciplinar* pone en juego intereses muy diversos, desde la relación de fuerzas entre los grupos de afinidad en el seno de las instituciones académicas y educativas —la crítica de *Hérodote* ha abundado en ese aspecto—, hasta la significación misma que pueden cumplir sus practicantes en el campo profesional. Lo conceptual atañe ineludiblemente a lo discursivo, lo discursivo a la práctica social misma, y *viceversa*. Los debates que se suscitaron en torno a la preparación y la publicación de los primeros volúmenes de la *G.U.*, han planteado las dificultades que puede acarrear ante la imagen pública de la disciplina la comunicación de concepciones y resultados todavía «novedosos» fuera del ámbito universitario (*L'ESPACE GÉOGRAPHIQUE*, 1986; COMITÉS DE REDACTION..., 1993). Recuerdese que, por esencia, la concepción sistémica otorga prioridad al análisis de las estructuras básicas y dominantes, y que en ella, recuperando la observación de una de las más conocidas obras que se han escrito en el género en nuestro país, «la Geografía regional del mundo se define ... como un estudio de carácter eminentemente selectivo y sintético —añádase, en buena parte, “abstracto”—, frente a las pretensiones de exhaustividad que han caracterizado buena parte de las geografías regionales al uso» (MÉNDEZ Y MOLINERO, 1991, 20-29).

En el seno de los debates señalados, autores como Ph. Pinchemel han apuntado el riesgo de «desaparición» del paisaje y de las grandes escalas, subsumidas en el análisis de estructuras, sistemas, interacciones, redes, campos, y demás «*êtres géographiques*», más fácilmente comunicables en las escalas pequeñas o medias; el riesgo, en resumen, de «una geografía sin carne» («*desincarné*»), presentada sobre la base de conceptos intangibles (COMITÉS DE REDACTION..., 1993, 274). En el mismo marco, Sivignon ha planteado la cuestión como «*un problema de escritura*», afirmación que, dicho sea de paso, remite al título con el que se presentó un conocido monográfico de *L'Espace géographique* (1986) consagrado a la geografía regional. Para este autor, «se trata, en último término, del lugar que debemos acordar a un discurso lineal y literario en una descripción geográfica», del sentido que puede tener la evocación en el marco de la función explicativa. El lenguaje de la *G.U.*, y por derivación el de su proyecto disciplinar, encierra el peligro de «una reducción estadística» y de la pérdida

de las curiosidades «poéticas» o, por así decirlo, «acientíficas», pintorescas y paisajístico-descriptivas, que interesan sin duda al público no especializado (COMITÉS DE REDACCIÓN..., 274-275). Y desde luego contrasta con la reciente recuperación, por parte de otros grupos, de la lectura de los maestros clásicos de la regional (Vidal y Sauer, en especial), así como con las invocaciones del mismo origen a restablecer el diálogo con la tradición, estimuladas precisamente, en buena medida, por el placer estilístico de su disfrute, o por la profunda revaloración y reflexión en torno del concepto de paisaje²⁴.

Pero se trata, en cualquier caso, de un riesgo y una tensión inevitables a toda alternativa rupturista, incardinada en *un vasto proyecto de actualización científica*, que acabamos de repasar; *un contexto histórico concreto*; y *unas estrategias de institucionalización* obligatoriamente selectivas. De ese contexto arranca, por un lado, la idea de que, dado el sentido y la durabilidad de una obra de síntesis como ésta, «(lo que interesa), más allá de las coyunturas fluctuantes, es intentar *conocer los sistemas, las estructuras y dinámicas fundamentales*, en un tiempo de recomposiciones y reajustes probablemente fundamentales también» (BRUNET; 1990, 266); en un mundo en el que la sensación de globalización —y no sólo en el plano económico— parece percibirse más claramente que nunca. Y de las citadas estrategias, por otro, deviene la necesidad de *reforzar «la penetración mediática» de la disciplina o su capacidad para la intervención territorial*, aspectos ambos, junto con el del contexto, para los que la modelización gráfica o, sobre todo, el análisis sistémico-estructural de tipo cualitativo han sido considerados, en esa obra, en ese proyecto, instrumentos especialmente adecuados. Eso sí, no como normas autosuficientes o inquebrantables, sino como opciones o referentes teórico-metodológicos abiertos; y por cierto, no necesariamente entremezclados, como era previsible dada la procedencia diversa de sus autores y demuestra el hecho de que *la coremática* (que, en sentido estricto, implica la *utilización conjunta* de unos modelos gráficos en el marco de un entendimiento sistémico del espacio geográfico) *ha ocupado un papel desigual* —complementario, en todo caso— en

los volúmenes regionales publicados hasta ahora de la colección²⁵.

La fuerza con la que aquella ha irrumpido escolarmente, la activa política editorial del GIP-RECLUS, el relativo éxito de sus representaciones entre ciertas instituciones públicas, como también el desmedido celo condenatorio del monográfico de *Hérodote*, han podido confundir sobre las pretensiones y los resultados efectivos de esta corriente. Sobre su práctica, bastante «joven» todavía, se ciernen dudas, e incluso nuevas ambiciones, aunque no del cariz exclusivista y totalizante del que le han acusado, injusta o exageradamente, sus más radicales detractores. En la mayoría de los análisis de casos efectuados hasta el momento, las dimensiones hipotético-deductivas y heurísticas de la modelización coremática han sido minoritariamente cultivadas, aun cuando existan excepciones ejemplares al respecto, aparte de las de su fundador (el citado trabajo de Théry sobre Brasil, o el de Benoit, Hilan y Toussaint sobre Borgoña, por poner dos casos); han dominado los modelos de tipo descriptivo frente a los de tipo normativo-predictivo, limitándose aquéllos a síntesis o transcripciones cartográficas, algunas de indudable valor comunicativo, pero elaboradas, por lo demás, a partir de las informaciones convencionales, condensadas en unas pocas páginas.

Escasean aún los estudios regionales de mayor profundidad y amplitud (la publicación de la *G.U.* no persigue ciertamente ese objetivo, puesto que el espíritu pluralista de la obra y sus preocupaciones teóricas y temáticas rebasan con mucho el campo de aplicación de los coremas, aunque los incorporen), así como los de escalas grandes. Y está también por ver la valoración e integración en los modelos gráficos de las categorías de tipo esencialmente cultural y subjetivo (y, en parte, de las no económicas en general), cuestión que por ahora —exceptuando las investigaciones sobre mapas mentales estimuladas por la vertiente didáctica de la corriente— ha sido habitualmente eludida y parece difícilmente resoluble. Entre otras cosas, porque —acusaciones encendidas y analogías alfabéticas al margen— *la coremática no constituye, ni lo pretende en modo alguno, una metodología completa en sí misma: «No es para nada una nue-*

²⁴ GÓMEZ MENDOZA (1989), 103-105. Ejemplos destacados esta relectura, que en parte es reinterpretación, los encontramos en las obras de N. Entrikin y A. Pred, o en las de V. Berdoulay y su discípulo, O. Soubeyran. En España, el artículo citado en esta nota y el libro de Nicolás Ortega Cantero, *Geografía y Cultura*, Madrid, Alianza Ed., 1987. Sobre la investigación paisajística reciente en las geografías francesa y norteamericana, puede verse el libro de ROUGERIE y BEROUTCHACHVILI (1991).

²⁵ La modelización coremática de estructuras regionales y nacionales abunda, por ejemplo, a lo largo del volumen 3º, dedicado a América Latina (BATAILLON *et al.*; 1991); en la segunda parte del vol. 2, dedicada a la Europa meridional (FERRAS; 1990); y en la primera del vol. 4 (redactada por A. Bailly y G. Dorrel), sobre Estados Unidos. Pero no ha sido siquiera utilizada en la primera parte del vol. 2 (Francia), ni en la segunda del vol. 4 (Canadá).

va geografía —ha tenido que insistir, recientemente, su fundador—. La idea misma de “geografía coremática” [...] es absurda. Es una forma, y parcial, de practicar la geografía. Se trata de un *enfoque* que no aborda más que una *fracción* de los problemas geográficos, aquéllos que giran en torno a las formas de organización del espacio, y no se trata más que de uno de los enfoques posibles sobre esta materia» (BRUNET; 1996, 31).

Por el momento, en medio de la polvareda levantada, y cuando ya se ha anunciado incluso la inminencia de nuevas aportaciones y adhesiones al debate (REY-

MOND, 1986), «*le grand chorémateur*» se ha apresurado a relativizar el inesperado interés por esa forma; ha rechazado plenamente la validez del concepto mismo de «Escuela»; y ha desprovisto de sentido a las acusaciones personalistas y maniqueas con una inequívoca defensa del pluralismo científico: «Es la geografía la que me interesa, no la coremática» (BRUNET; 1996, 32). Lo que recuerda a aquella famosa confesión antidogmática con la que Marx se dirigió en cierta ocasión a su yerno, Paul Lafargue: «Ce qu'il y a de certain c'est que moi, je ne suis pas marxiste».

B I B L I O G R A F Í A

ALBET, Abel (1993): «La nueva geografía regional o la construcción social de la región», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 13, págs. 11-29.

ANDRÉ, Yves, et al. (1990): *Modèles graphiques et représentations spatiales*, Paris, GIP-RECLUS, 217 págs.

BAILLY, Antoine; FERRAS, Robert; PUMAIN, Denise (Dir.) (1992): *Encyclopédie de Géographie*, Paris, Economica, 1.132 págs.

BATAILLON, Claude; DELER, Jean-Paul; THÉRY, Hervé (1991): *Amérique Latine*, en BRUNET, R. (Dir.), vol. 3., 480 págs.

BENOIT, Sylvain; HILAL, Mohamed; TOUSSAINT, Sandrine (1993): «La composition des chorèmes dans la modélisation graphique appliquée à la Bourgogne», *Mappemonde*, 2, págs. 37-41.

BERDOULAY, Vincent (1981 a): *La formation de l'école française de géographie (1870-1914)*, Paris, CTHS, 241 págs.

BERDOULAY, Vincent (1981 b): «The contextual approach», en STODDART, David R. (Ed.): *Geography, ideology and social concern*, Oxford, Blackwell, págs. 8-16.

BOSQUE MAUREL, Joaquín (Coord.) (1988): *La Geografía española y mundial en los años ochenta. Homenaje a D. Manuel de Terán*, Madrid, Universidad Complutense, 501 págs.

BOULANGER, Claudine; ARBONA, Pascale; GRINGORE, Carole (1994): «La modélisation graphique, aide à l'apprentissage de l'espace géographique à l'école élémentaire (Cycle III)», *Mappemonde*, 2, págs. 9-14.

BOYER, Jean-Claude (1986): «Hérodote: dix ans, l'âge de raison?», *L'Espace géographique*, vol. xv, 4, págs. 297-301.

BROCARD, Madeleine (1993): «Chorème, qui es-tu?», *L'Information géographique*, 57, 1, págs. 20-21.

BROCARD, Madeleine, et al. (1995): «Le chorotype de l'estuaire européen», *Mappemonde*, 3, págs. 6-7.

BRUNET, Roger (1962): *Le croquis de Géographie régionale et économique*, Paris, SEDES, 255 págs. (2ª ed., 1967).

BRUNET, Roger (1968): *Les phénomènes de discontinuité en géographie*, Paris, CNRS, 117 págs.

BRUNET, Roger (1969): «Quartiers ruraux dans le Midi toulousain», *Revue Géogr. Pyrénées et du Sud-Ouest*, t. 40, fasc. 1, págs. 5-100.

BRUNET, Roger (1972): «Organisation de l'espace et cartographie de modèles: les villes du Massif Central», *L'Espace géographique*, vol. 1, 1, págs. 43-48.

BRUNET, Roger (1973): «Structure et dynamisme de l'espace français: schéma d'un système», *L'Espace géographique*, vol. II, 4, págs. 249-254.

BRUNET, Roger (1975): «Modèles et schémas spatiaux: la medina de Tunis», *L'Espace géographique*, vol. IV, 1, 81-92.

BRUNET, Roger (1979): «Systèmes et approche systémique en Géographie», *Bulletin de la Assoc. de Géographes Français*, 465, págs. 399-407.

BRUNET, Roger (1980): «La composition des modèles dans l'analyse spatiale», *L'Espace géographique*, vol. IX, 4, págs. 253-265.

- BRUNET, Roger (1982): «Rapport sur la géographie française», *L'Espace géographique*, vol. XI, 3, págs. 196-213.
- BRUNET, Roger (1986): «La carte-modèle et les chorèmes», en *MAPPEMONDE*, págs. 2-6.
- BRUNET, Roger (1987): *La carte, mode d'emploi*, Paris, Fayard/GIP RECLUS, págs. 188-122.
- BRUNET, Roger (1988 a): «RECLUS: contenu et signification d'une entreprise géographique», *Cahiers de Géographie du Québec*, vol. 32, 86, págs. 121-133.
- BRUNET, Roger (1988 b): «Sas et finisterre: modèles de la Slovaquie orientale», *L'Espace géographique*, vol. XVII, 2, págs. 150-157.
- BRUNET, Roger (1988 c): «L'Espagne en Europe: que disent les cartes?», *Mappemonde*, 3, págs. 19-21.
- BRUNET, Roger (1989): «L'aveuglante unité de la géographie», en *L'ESPACE GÉOGRAPHIQUE*, págs. 94-101.
- BRUNET, Roger (1990): «Le déchiffrement du Monde», en BRUNET, R. y DOLLFUS, O., págs. 9-261.
- BRUNET, Roger (1994): «Le Languedoc-Roussillon en modèle», *Mappemonde*, 2, págs. 1-4.
- BRUNET, Roger (1995): «La géographie, science des territoires et des réseaux», *Cahiers de Géographie du Québec*, vol. 39, n° 108, págs. 477-482.
- BRUNET, Roger (1996): «Les sentiers de la géographie: un peu d'air au coin du bois», *L'Espace géographique*, vol. 25, 1, págs. 23-32.
- BRUNET, R. (Dir.) (1990-): *Géographie Universelle*, Paris/Montpellier, Hachette/RECLUS, 10 vols. [En curso de edición. Desde 1996, la coedición con el GIP-RECLUS corresponde a la Editorial Belin].
- BRUNET, R. y AURIAC, Franck (Dirs.) (1995-): *Atlas de France*, Paris/Montpellier RECLUS/ La Documentation Française, 14 vols. [En curso de edición].
- BRUNET, R. y DOLLFUS, Olivier (1990): *Mondes Nouveaux*, en BRUNET, R. (Dir.), vol. 1, 550 págs.
- BRUNET, R.; FERRAS, Robert; THÉRY, Hervé (Dirs.) (1992): *Les mots de la géographie. Dictionnaire critique*, Montpellier/Paris, RECLUS-La Documentation Française, 470 págs.
- CAPEL, Horacio (1990): «La continuité et le changement»; en KAYSER, B., *et al.*, págs. 27-37.
- CAPMEIL, Jean-Pierre (1995): «La résistible progression de la chorématique dans les manuels scolaires», en *HÉRODOTE*, págs. 52-65.
- CHRISTOFOLETTI, Antonio (1989): «Panorama et évaluation du concept d'organisation spatiale», *L'Espace géographique*, vol. XVIII, 3, págs. 225-234.
- CLARY, Maryse (1989): «La géographie à l'école, pour réciter ou pour agir?», en *L'ESPACE GÉOGRAPHIQUE*, págs. 140-144.
- CLARY, Maryse (1995): «Els models gràfics en la construcció dels conceptes geogràfics», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*; 27, págs. 17-36.
- CLARY, M. y FERRAS, Robert (1989): «Géographie, à l'école et au-delà», en *L'ESPACE GÉOGRAPHIQUE*, págs. 120-122.
- CLARY, M., *et al.* (1986): «Une expérience: chorèmes et modèles à l'école élémentaire», en *MAPPEMONDE*, págs. 7-11.
- CLARY, M., *et al.* (1988): *Cartes et modèles à l'école*, Montpellier, GIP-RECLUS, 112 págs.
- CLAVAL, Paul (1974): «Géographie et sémiologie», *L'Espace géographique*, vol. 3, 2, págs. 113-119.
- CLAVAL, Paul (1979): *La nueva geografía*, Barcelona, Oikos-tau, 139 págs.
- CLAVAL, Paul (1986): «Francia», en JOHNSTON, Ron J.; CLAVAL, P. (Eds), *La Geografía actual: geógrafos y tendencias*, Barcelona, Ariel, 286 págs., págs. 27-49.
- COMITÉS DE RÉDACTION DE L'ESPACE GÉOGRAPHIQUE ET DE LA GÉOGRAPHIE UNIVERSELLE (1993): «Géographie Universelle et géographie dite régionale», *L'Espace géographique*, vol. 22, 3, págs. 255-280.
- CORTIZO ÁLVAREZ, Tomás (1993): «El Mapa-Modelo de los coremas. El modelo asturiano», *Alisios*, 3, págs. 103-107.
- COSCUELA I TARROJA, Alexandre (1994): «Darrera els posmodernismes, o les geografies culturals del capitalisme tardà», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 24, págs. 13-58.
- COUX, Gilles y DESSE, M. (1992): «Îles tropicales et chorèmes», *Mappemonde*, 3, págs. 43-46.
- CHANTIN, Robert (1995): «Des enseignants face aux préentions hégémoniques de la "nouvelle géographie"», en *HÉRODOTE*, págs. 66-71.
- CHEYLAN, Jean-Paul, *et al.* (1990): «Les chorèmes: un outil pour l'étude de l'activité agricole dans l'espace rural?», *Mappemonde*, 4, págs. 2-4.

- CHORLEY, Richard; HAGGET, Peter (1971): *La Geografía y los modelos socio-económicos*, Madrid, IEAL, 437 págs.
- DELER, Jean-Paul, y GONDARD, Pierre (1990): «Du cercle à l'ellipse. Un chorotype du bassin intra-montagnard dans les Andes de l'Équateur», en *MAPPEMONDE*, págs. 10-11.
- ECKERT, Denis (1995): «Deux Normandies, un modèle», *Mappemonde*, 2, págs. 36-39.
- FERRAS, Robert (1986): «Ecrire de la géographie régionale sur l'Espagne», en *L'ESPACE GÉOGRAPHIQUE*, págs. 283-288.
- FERRAS, Robert (1990): «L'Espagne», en PUMAIN, Denise; SAINT-JULIEN, Thérèse; FERRAS, R.: *France. Europe du Sud*; en BRUNET (*Dir.*), vol. 2, págs. 306-360.
- FISHER, André (1988): «À propos de l'évolution de la Géographie française», *Cahiers de Géographie du Québec*, vol. 32, n° 87, págs. 353-354.
- FONTANABONA, Jacky (1994): «Ébauche d'une grille de concepts spatiaux utilisables lors de l'analyse et de la construction de cartes», *Mappemonde*, 1, págs. 1-5.
- GEORGE, Pierre (1988): «Vicissitudes et limites de la Géographie Régionale», en BOSQUE MAUREL, J. (*Coord.*), págs. 289-296.
- GIBLIN-DELVALLET, Béatrice (1994): «"La Communauté nationale en question" et le débat sur l'aménagement du territoire», *Hérodote*, n° 72-73, págs. 9-21.
- GIBLIN-DELVALLET, Béatrice (1995 a): «Les effets de discours du grand chorémateur et leurs conséquences politiques», en *HÉRODOTE*, págs. 22-38.
- GIBLIN-DELVALLET, Béatrice (1995 b): «Chorème, chorème, d'où viens tu?», en *HÉRODOTE*, págs. 72-92.
- GILBERT, Anne (1988): «The new regional geography in english and french-speaking countries», *Progress in Human Geography*, vol. 12, 2, págs. 208-228.
- GÓMEZ MENDOZA, Josefina (1989): «Actualidad de la geografía regional», *Ería*, n° 19-20, págs. 101-113.
- GÓMEZ MENDOZA, Josefina; MUÑOZ JIMÉNEZ, Julio; ORTEGA CANTERO, Nicolás (1982): *El pensamiento geográfico*, Madrid, Alianza, 530 págs.
- GUIGOU, Jean-Louis (1995): *Une ambition pour le territoire. Aménager l'espace et le temps*, DATAR/Eds. de l'Aube, 136 págs.
- HÉRODOTE (1995), n° 76: «Les géographes, la science et l'illusion», págs. 3-147.
- JOLIVET, Rémi; NICOLAS-OBADIA, Georges (1991): «Signe géographique: chorèmes et tégéos», *Cahiers de Géographie du Québec*, vol. 35, n° 96, págs. 535-564.
- KAYSER, Bernard, *et al.* (1990): *Géographie. Entre espace et développement*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 284 págs.
- LACOSTE, Yves (1993): «Débat: chorématique et géopolitique», *Hérodote*, n° 69-70, págs. 224-257.
- LACOSTE, Yves (1995 a): «Les géographes, la Science et l'illusion», en *HÉRODOTE*, págs. 3-21.
- LACOSTE, Yves (1995 b): «Critique d'un dictionnaire critique», en *HÉRODOTE*, págs. 133-147.
- LECOEUR, Charles (1995): «La géographie n'est pas seulement une science sociale», en *HÉRODOTE*, págs. 39-51.
- LEHOTSKY, Milan, *et al.* (1993): «Modèle d'un système régional: Spis en Slovaquie», *L'Espace géographique*, vol. XXII, 2, págs. 125-132.
- L'ESPACE GÉOGRAPHIQUE* (1986), vol. XV, 4: «Comment écrire la géographie régionale?», págs. 241-296.
- L'ESPACE GÉOGRAPHIQUE* (1989), vol. XVIII, 2: «La géographie et ses enseignements», págs. 81-191.
- MAPPEMONDE* (1986), n° 4: «Chorèmes et modèles», 48 págs.
- MAPPEMONDE* (1990), n° 4: «Gestion de l'espace rural, des pratiques aux modèles», 48 págs.
- MARCONIS, Robert (1990): «Les géographes et la région», en KAYSER, B., *et al.*, págs. 139-149.
- MARCONIS, Robert (1995): «Ambiguïtés et dérives de la chorématique», en *HÉRODOTE*, págs. 110-132.
- MÉNDEZ, Ricardo; MOLINERO, Fernando (1991): *Espacios y sociedades. Introducción a la geografía regional del mundo*, Barcelona, Ariel, 4ª ed., 669 págs.
- MOLLARD, Eric (1993): «La différenciation spatiale de l'économie de plantation», *Mappemonde*, 2, págs. 45-47.
- MONDADA, Lorenza; RACINE, Jean-Bernard (1992): «Géographie et sémiolinguistique», en BAILLY, A.; FERRAS, R.; PUMAIN, D. (*Dirs.*), págs. 257-272.

NOGUÉ I FONT, Joan (1989): «Espacio, lugar, región: hacia una nueva perspectiva geográfica regional», *Boletín de la A.G.E.*, 2ª época, nº 9, págs. 63-79.

NONN, Henri (1990): «Comment a évolué, depuis les années 60, la notion de région dans la Géographie française», en KAYSER, B., *et al.*, págs. 151-164.

ORTEGA CANTERO, Nicolás (1988): «Sobre las manifestaciones recientes del pensamiento geográfico en España», en BOSQUE MAUREL, J. (*Coord.*), págs. 299-312.

PINCHEMEL, Philippe (1992): «L'aventure géographique de la terre», en BAILLY, A.; FERRAS, R.; PUMAIN, D. (*Dirs.*); págs. 3-22.

PUDUP, Mary Beth (1988): «Arguments within regional geography», *Progress in Human Geography*, vol. 12, 3, págs. 369-390.

RENERIE, Roger (1988): «La carte-modèle: une carte pour comprendre, une carte pour agir. L'exemple du Bassin de Belley (Ain)», *Mappemonde*, 1, págs. 8-9.

REYMOND, Henry (1996 a): «Défense et illustration d'une géographie didactique universitaire...», *L'Espace géographique*, vol. 25, 1, págs. 3-21.

REYMOND, Henry (1996 b): «Les sentiers de la géographie (II). Ébauche d'un carnet de route», *Ibid.*, págs. 33-36.

REYNAUD, Alain (1987): «Le commentaire de cartes et la "nouvelle géographie"», *Mappemonde*, 2, págs. 1-4.

RIUDOR, Lluís (1988): «La geografía regional del mundo y sus planteamientos metodológicos recientes», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, nº 13, págs. 81-89.

ROBIC, Marie-Claire (1992): «Epistémologie de la Géographie», en BAILLY, A.; FERRAS, R.; PUMAIN, D. (*Dirs.*), págs. 55-73.

ROUGERIE, Gabriel; BEROUTCHACHVILI, Nicolas (1991): *Geosystèmes et paysages, bilan et méthodes*, París, Armand Colin, 302 págs.

SIVIGNON, Michel (1995): «Chorèmes: éléments pour un débat», en *HÉRODOTE*, págs. 93-109.

THÉRY, Hervé (1986): «Une recherche cartographique: genèse et combinaison des chorèmes du Brésil»; en *MAPPE-MONDE*, págs. 14-19.

THÉRY, Hervé (1988): «Modélisation graphique et analyse régionale. Une méthode et un exemple», *Cahiers de Géographie du Québec*, vol. 32, nº 86, págs. 135-140.